



RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS DE MI EXPERIENCIA PEDAGÓGICA

MERCY YURANNI NARVÁEZ SUÁREZ

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO

2022

RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS DE MI EXPERIENCIA PEDAGÓGICA

MERCY YURANNI NARVÁEZ SUÁREZ

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar al título de Licenciada en
Filosofía y Letras

ASESOR:

Dr. Jairo Rodríguez

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS

SAN JUAN DE PASTO

2022

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de su autor”.

Artículo 1º del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

El trabajo de grado cumple con los
requisitos para ser entregado a la
Biblioteca Alberto Quijano Guerrero
De la Universidad de Nariño

Gonzalo Jiménez Mahecha

Presidente del Jurado

Adriana Pabón

Jurado

San Juan de Pasto, _____ de marzo de 2022

AGRADECIMIENTOS

La autora expresa sus agradecimientos:

A la vida.

Al universo y su movimiento.

A toda mi familia, la que me ha alimentado física y espiritualmente durante estos años.

A mi madre, con el corazón; gracias por creer, por las palabras, por el ejemplo.

A mi padre, eterno amor y agradecimiento por ser mi ejemplo de lucha y perseverancia.

A mis hermanos, por ser bastones y mis únicos amigos en el mundo.

A mí, infinitas gracias por luchar contra la tristeza, las burlas, el odio, la crueldad, el mundo, los desórdenes mentales y alimenticios, la angustia, la depresión y el olvido.

Conocí mi versión más afable, la más amorosa y más bondadosa, pero también conocí la más férrea, la más tenaz, la más firme que nunca antes hubiera visto en mí; vencí mis miedos y es el mayor acto de coraje; desempolvé mis talentos, me volví inquebrantable y me siento brutalmente honrada y digna por haber sido tan valiente.

RESUMEN

La lectura y escritura de literatura amplían enormemente la capacidad lingüística, lo que da como resultado un mayor grado de eficacia en la comunicación, que es uno de los principios para la consecución de fines comunes, como debería ser la educación.

Este trabajo de grado es un estudio que apunta a la recopilación de información, testimonios, historias y vivencias que se encaminen a la reconstrucción de la memoria pedagógica, con el que se pretende motivar a nuevas investigaciones encaminadas a enaltecer y conocer la difícil y ardua tarea que los practicantes y docentes desafían diariamente.

Son millares de historias, testimonios, circunstancias y vivencias que se desconocen y que mediante esta creación de relatos lo que se ansía es dar a conocer algunos de aquellos infinitos hechos y sucesos que se dan dentro de la escuela y que, mediante esta narración hecha relatos, la práctica del Otro genere un nuevo conocimiento, un nuevo saber del qué hacer y de esta manera propiciar espacios de formación y reflexión a través de la investigación pedagógica, para así determinar mediante esta escritura los alcances y las limitaciones a las que los docentes se deben enfrentar; por esto la importancia de implementar nuevas metodologías y técnicas que sean posibles de aplicar al proceso de enseñanza-aprendizaje.

Es significativo recopilar y reconstruir la memoria de la práctica pedagógica y educativa no solo como opción de describir, recoger y develar un testimonio de vida, anécdotas y experiencia, sino como la posibilidad de forjar nuevos saberes desde lo vivido; esta es una creación literaria inédita y conmovedora en torno a un testimonio de vida, hecha con el afán de valorar aquellos acontecimientos que, por no conocerse, no se valoran, experiencias que constituyen de manera implícita una determinada concepción de práctica y saber pedagógico.

Palabras claves: Autobiografía, creación, experiencia, literatura, relato.

ABSTRACT

The reading and writing of literature greatly expand linguistic capacity, which results in a greater degree of efficiency in communication, which is one of the principles for achieving common goals, such as education should be.

This degree work is a study that aims to collect information, testimonies, stories and experiences that are directed to the reconstruction of pedagogical memory, with which it is intended to motivate new research aimed at extolling and knowing the difficult and arduous task that practitioners and teachers challenge daily.

There are thousands of stories, testimonies, circumstances and experiences that are unknown and that through this creation of stories what is longed for is to make known some of those infinite facts and events that occur within the school and that through this narration made stories the The practice of the Other generates new knowledge, a new knowledge of what to do and in this way promote spaces for training and reflection through pedagogical research, in order to determine through this writing the scope and limitations that teachers must face. Therefore, the importance of implementing new methodologies and techniques that are possible to apply to the teaching-learning process.

It is significant to collect and reconstruct the memory of the pedagogical and educational practice not only as an option to describe, collect and reveal a testimony of life, experiences, anecdotes and experience, but also as the possibility of generating new knowledge from what has been lived, this is a creation Unpublished and moving literature around a testimony of life, with the aim of valuing those events that, because they are not known, are not valued, experiences that implicitly constitute a certain conception of practice and pedagogical knowledge.

Keywords: Autobiography, creation, experience, literature, story.

CONTENIDO

Introducción	11
Aspectos generales	13
Título del proyecto	13
Tema	13
Relatos	14

LISTA DE RELATOS

	Pág.
Relato 1. Haz con amor lo mínimo	14
Relato 2. A mis padres, sabios maestros	18
Relato 3. En el ministerio de lo pequeño, de lo nada notable, de lo invisible	23
Relato 4. Librando batallas	27
Relato 5. Acto de valentía	33
Relato 6. Mieles del perdón	35
Relato 7. El arte de una pregunta tonta	39
Relato 8. Sin atajos	42
Relato 9. La tulpa	49
Relato10. El mundo escolar que vale la pena contar	56
Relato 11. Rompiendo moldes	59
Relato 12. No claudicar	61
Relato 13. El valor de Educar	65
Relato 13. Cruzando el Valle de la Incertidumbre	71
Relato 14. Cambiando historias	75

INTRODUCCIÓN

Esta es una labor de creación literaria que surge desde mi interés por la literatura, no solo como acto de soledad, sino con el fin de proyectar un mundo con libertad a través de las letras y así generar conocimiento; acto lingüístico de expresión, significación y comunicación, para que la escritura como acto generador de un nuevo discernimiento en el que el mundo escolar pueda proyectarse con libertad a través de las letras, un mecanismo para educar en literatura e implementar la escritura como elemento fundamental en el proceso de enseñanza.

Reconstruir la memoria pedagógica y educativa no solo como opción de describir, recoger y develar un testimonio de vida, sino como la posibilidad de generar nuevos saberes y nuevos conocimientos desde lo vivido con el afán de valorar aquellos acontecimientos que por no conocerse no se valoran, acontecimientos que determinan un saber pedagógico y así reconocer la importancia de los docentes en el desarrollo y progreso de las generaciones, mecanismo de aprendizaje, una nueva forma de aprender y enseñar literatura.

Es importante tejer nuestra historia para que las voces docentes sean escuchadas y recordadas mediante estas historias y relatos que nos permitan entender y resignificar procesos y sucesos históricos de la educación; este proyecto de creación literaria permite reflexionar sobre lo que ocurre dentro de un establecimiento educativo, qué necesita y para dónde va; por eso la importancia de recuperar y recopilar la memoria educativa y pedagógica de los docentes y las instituciones puesto que permiten analizar, rehacer, ordenar, conocer, sistematizar y comprender estos sucesos en los procesos educativos.

Escribir es recordar, hacer historia, comprender la importancia de contar y lo mucho que tiene para contar, saber que son historias importantes de recuperar y conservar; la escritura de relatos como la forma apropiada de inaugurar un nuevo conocimiento mediante la palabra, el principal objetivo es que esta escritura afecte de tal modo que pueda cambiar la forma de pensar, sentir y vivir, aunque la escritura es subjetiva y se puede comprender abiertamente desde diferentes perspectivas y, según se mire, transforma las fuentes narrativas construidas por historias de vida, relatos orales o escritos que se configuran como objeto de indagación que amplía las vías y los recursos metodológicos para el conocimiento. Leer y escribir son dos actividades necesarias en el educador, fundamentales en el proceso enseñanza-aprendizaje; contar la realidad y hacerla lenguaje; el tiempo hace historia y se puede mantener mediante el código escrito, registrar a través de la escritura lo que sucedió y lo que está sucediendo. La

creación literaria debería ocupar cada vez más un lugar importante y relevante en las Ciencias Humanas; es necesario multiplicar la recolección de libros, testimonios, para dar cuenta que dicho conocimiento produce formación y desarrollo profesional y personal de los educadores. A través del tiempo los docentes producen y recrean saberes que permiten tomar decisiones y el saber actuar en las variadas situaciones que afectan el mundo escolar; dichos saberes no suelen ser significativos para la sociedad, ni tenidos en cuenta, no obtienen un reconocimiento; ahí radica la importancia de recuperar estos saberes prácticos y experienciales para así estudiarlos, reconstruirlos e interpretarlos y de esta manera producir conocimiento creando y recreando este saber pedagógico a partir de lo vivido.

La tradición oral se ha constituido durante muchos siglos como un elemento fundamental que ha permitido perpetuar los valores, instituciones y técnicas que conjuntamente con la aparición de la estructura escrita se ha logrado consolidar de manera sólida y física, experiencias vividas y, de esta forma, poder universalizarla, y así lograr que la memoria forme parte de la vida cotidiana y la relación con el mundo.

La experiencia que hacemos con el mundo y la experiencia que el mundo hace con nosotros nos proporciona un saber en educación y pedagogía, que se convierte en una estrategia de documentación que permite registrar, sistematizar y publicar lo que hasta ahora no se ha documentado. Es necesario volver a la escritura como vía para repensar y transformar la propia práctica pedagógica que incursione en lo inédito, lo silenciado, lo aún no contado y la escritura como una herramienta contra el olvido, porque un pueblo sin memoria está muerto en vida.

Aspectos generales

1.1 Título del proyecto

Relatos Autobiográficos de mi experiencia pedagógica.

1.2 Tema

Creación literaria

1.3 Relatos

HAZ CON AMOR LO MÍNIMO

Me encuentro sola en mi cuarto, en esta noche fría de verano. El cielo está llorando y yo quiero abrigarme con un café. Me siento libre a través de estas letras; aquí cuento y expreso mis sentimientos y recuerdos de lo que fui y de lo que soy.

Un once de julio a las dos de la mañana empezó la historia de mi vida. Con sacrificio y pasión, he llegado a ser la hija, hermana y amiga que siempre soñé; cuando hago altos en el camino, echo la vista hacia el pasado y me siento orgullosa de lo que miro; sin embargo, aquel recorrido es apenas un trecho de las autopistas repletas de miles de metas y sueños que tengo por cumplir; por ellos lucho y me esfuerzo incansablemente. Después de todo, nada ha sido fácil, pero mi sueño de niña ha dejado de ser un sueño para convertirse en una bonita realidad.

Nací una noche como esta, al sur de Nariño; me recibieron las manos sabias y fuertes de una partera, que contrastaban con mi cuerpo pequeño y frágil; ella me acomodó en el pecho de mamá, quien inmediatamente continuó regalándome vida, pues nací prematura. Aquella noche también soplaba el viento y el frío se sentía por dentro de los huesos; el mundo me recibía en una casa humilde; sus paredes eran de bahareque y el piso de tierra; dos jovencitos se convirtieron en padres, me dieron la bienvenida con lo que me han regalado siempre: amor y sonrisas. Aunque nací antes de tiempo y en condiciones no favorables, sobreviví y crecí fuerte, porque mi destino era quedarme, para alegrar la vida de mis padres y cumplir el propósito que creo tener en este mundo: el de estar en un aula de clases enseñando.

Tuve bastante suerte; con pocas velas en mi pastel, descubrí mi vocación. Desde la escuela, cuando empecé a interactuar con mis compañeros, amaba trabajar en grupo y, si de ayudar se trataba, no dudaba en hacerlo; en esas ocasiones sentía en mi interior, muy profundamente, que eso era lo que quería hacer durante mi periplo en este mundo. Ahora, cuando la torta va iluminando cada vez más, cuando soplo las velas, no pido soñar ni que se realicen los sueños; muy por el contrario, veo que se cumple poco a poco; hasta en la calle algunas personas me dicen “Profe”, mostrándome su cariño, y mi alma tiembla emocionada, mis

ojos brillan como aquel día que vi por primera vez este mundo. No me acuerdo de los trasnochos, el cansancio no me pesa, todo ha valido la pena.

Por eso, al iniciar mi práctica pedagógica, me llené de motivos, de inspiración para relatar la vida de una docente que apenas empieza, la emoción por enseñar revolotea en mi pecho, aprecio cada hecho con sentimiento latente, entrego con amor y hago todo con pasión, quiero cambiar el mundo enseñando.

Soy pedagoga innovadora y entusiasta, porque, para mí, enseñar como comúnmente se lo hace, no basta; se necesita ofrecer nuevos paradigmas y formas de aprender, que estén más acordes con nuestros tiempos, con lo que busco que el estudiante aprenda a resolver problemas matemáticos, pero no se olvide de los sociales. Enseñamos a escribir y a leer, a soñar y cumplir sueños también; de esta manera he comprendido, que soy modelo a seguir, un ejemplo de lucha y perseverancia, porque la constancia construye la vida anhelada.

Nací para ser profesora y de eso me convengo cada día que paso junto a los jóvenes y señoritas de grado décimo: inquietos, ocurrentes, gritones, desordenados; son la vida que está aflorando, sus almas son puras sin importar la vida que les ha correspondido: drogadictos, prostitutas, pandilleros y ladrones, almas puras que la vida acorrala y deja sin opciones; perdón si me equivoco, pero la solución para este estado del mundo injusto está justo aquí, en la educación, que guía hacia el buen vivir.

Cuando una es pequeña, la pregunta: “¿Qué quieres ser cuando seas grande?” es frecuente. Todos los que me preguntaron recibieron la misma respuesta contundente: quiero ser maestra de literatura. No sé si la vida o yo me he traído hasta aquí; estoy a punto de recibir el mejor premio, estoy a punto de convertirme formalmente en una maestra; el LEMO (Luis Eduardo Mora Osejo) será la institución en la que me estreno; tengo cientos de retos, anhelos y sueños y miles de ganas para cumplirlos.

Nací con gran sensibilidad: puedo estar alegre y convertir mi boca en una caja de sonrisas, pero también conmovirme y dejar a los ojos hablar, pero lo que mejor me caracteriza es mi linaje de guerrera y agradecida. El universo que conspira y respira me ha dado más de lo que he deseado; agradezco a la vida, porque con sus obstáculos me enseña a ser fuerte. No me dejo derrotar por los malos pensamientos propios y ajenos. Así que, aunque no cante, canto, y con lo bello que es cantar, la existencia me sigue sorprendiendo, todo me inspira. Lo digo nuevamente, estoy convencida que nací para servir, para usar la creación, para ayudar, mas no para ser servida.

A usted que está a punto de adentrarse en mis humildes relatos, les llamo humildes, no porque sea de bajos recursos o viva en la precariedad; les llamo así porque nopresumo de reconocimientos ni alabanzas; antes bien reconozco mis fallas y defectos como maestra, la nueva, la que no tiene experiencia, la que se está jugando un sueño y una vida. Aquí comparto mi travesía y mi experiencia.

Usted me comprende, porque ya lo vivió y con una práctica también empezó; quizá su historia sea muy diferente a la mía, pero creo que coincidimos en la alegría, esa que causa el empezar a enseñar y que te digan: “Profe, profe, profe, profe, profe”, sin parar.

¡Qué lindo sería que usted recuerde a aquel neófito que entraba con un poco de susto al aula de clases!, nostalgia de esa persona joven que inició con mucha vitalidad la profesión docente y que ahora vela por formar más personas que se entreguen a esta maravillosa labor que me llena de orgullo.

Otro sorbo de café con dos cucharadas de azúcar. Relato un pequeño fragmento de mi vida. Quise contarle y escribirlo también, pues no quiero olvidar cómo empezó este dulce viaje.

Empezó entendiendo en familia que las profesiones son más importantes por la labor que desempeñan que por el sueldo que se gana con ellas; mi padre quería que fuera abogada: “Papi, la justicia está en la enseñanza”, le dije sonriendo y, dándole un abrazo, él me correspondió con sus brazos: mi sostén, apoyo seguro y confiable. Lo llevo en el alma y en el corazón; aquí empieza mi historia: la profe Mercy soy.

No resta más que seguir: vamos a reír, llorar, soñar, aprender, acertar, jugar, ganar, perder, gozar, experimentar y a equivocarse también; todo enseña, todo hace crecer, como persona y profesional también.

De mí, para mí: eres muy fuerte, eres guerrera, la vida es un complemento, un sube y baja, un círculo que asciende en espiral, por eso a los problemas, no les temas, no permitas que nada te apague; si vas a llorar, llora, pero regresa con fuerza; acuérdate de tu padre, ese hombre valiente al que nada lo detiene; cuando sientas que viene el derrumbamiento, respira profundo, mantén la calma y confía en tu saber, tus conocimientos. Querida Mercy, el arma está cargada para anunciar el comienzo de la competencia; hay que pararse derecha, mirar de frente y sonreír, porque así se ve más bella.

Se ve el concho negro en el asiento blanco de la taza. Junté mis manos y estiré los brazos, me levanté y toqué la punta de mis pies con las manos y me acerqué a la ventana; no hay nada que me guste más en la vida que escuchar la lluvia caer con fuerza, me pierdo en su sonido y

Escucho sus historias: en una de ellas, el agua, que está desde el inicio de los tiempos, me dice que ella también sabe que voy a ser una buena maestra.

A MIS PADRES, SABIOS MAESTROS



Para ustedes, mis progenitores, van dedicadas estas palabras de agradecimiento y amor, al igual que mi vida entera, porque mis primeros pininos, luego pasos y más tarde saltos, no hubieran sido posibles, sin el cariño y el tiempo que me han dedicado. Para ustedes que, desde el primer día, me guardan en sus corazones. Para ustedes mi ejemplo y mi tesoro; aunque no sea expresiva, hoy aprovecho para escribir amor, agradecimiento y memoria, las tres cosas que tampoco les haré faltar. Para los que jamás olvido, para los que llenan mi corazón, para mis padres.

Hoy quiero relatar un breve fragmento de mi infancia, que marcó mi vida futura.

Ospina, un poblado frío y acogedor al sur de Nariño, el bello terruño que me vio nacer aquella noche de martes del año 96. Una joven de veintidós años, igual de inexperta como hermosa, dio a luz a una niña que el cielo colmaba de bendiciones. El parto se atendió en casa, en una habitación pequeña, con una cama pequeña; allí se acomodaron las dos mujeres: una cansada, dolorida y nerviosa por la labor extenuante del parto que acababa de terminar, y la otra

despierta, rozagante y llena del impulso vital. Mi padre me tomó en sus brazos un tanto decepcionado, pues esperaba un varón; sin embargo, desde el instante en que me protegió entre manos, me adueñé de su noble corazón, le robé suspiros, lágrimas, sonrisas..., le robé la vida; desde ese momento me convertí en su niña amada; el tiempo no se ha detenido, soy una mujer adulta, pero sigo siendo el amor de sus días.

No sé si la vida, el destino, el universo o Dios, agradezco a todos, me permitieron nacer en un hogar sencillo, rico en humanidad y afecto. Mis padres, jóvenes aún, tuvieron que aprender el oficio de la paternidad aceleradamente, pues hay que sumar a esta situación el nacimiento de mi amiga de sangre, mi hermana, que nació exactamente once meses después de mí; mi padre estaba dichoso, porque esperaba otra niña. Crecimos como si hubiésemos nacido juntas; cogidas de la mano crecieron nuestras extremidades y, a pesar de nuestros temperamentos diferentes y otras particularidades que nos individualizan, como nuestro físico, los gustos, la manera de hacer las cosas, nos une el agrado por las letras y la enseñanza. Desde infantes jugamos a ser profesoras; ella, por ser la menor, tomaba el papel de estudiante, y yo ya me iba fogueando como profesora.

Dos años después llegó a acompañarnos mi segundo y último hermano; somos cinco los integrantes de la familia. Aunque en esa época la situación económica era precaria, mis padres se esforzaron y sacrificaron para que nunca nos faltara nada; en su generosidad, quisieron darnos lo mejor, lo que ellos nunca tuvieron; con esto no quiero decir que gozáramos de riquezas y confort, porque no fue así; austeramente, tuvimos lo necesario: vivienda, comida, vestido, estudio y mucho amor. En el campo se necesita muy poco para ser inmensamente feliz; de niña, una se conforma con lo que hay; la felicidad que dan los paisajes, del “verde de todos los colores”, los ríos, los animales, los cultivos, no tiene precio. Para nosotros, felicidad era coger renacuajos, verlos metamorfosearse, ir tras de los sapos, jugar en la tierra, ayudar a alimentar a los animales, ir por los huevos al nido y llegar huyendo de la persecución de la gallina, sacarle leche a la vaca y sostener la cuerda que la aprisiona y ser arrastrada por el mismo ternero. Nuestra infancia transcurrió en un mundo muy distinto al actual. Existía variedad de tecnologías, pero no era especializada y transversal como hoy; la vida era más compleja; no existían tantas máquinas automáticas y la mano, constructora, artesana, creadora, era vital en la comunidad.

Mis padres ejercen profesiones olvidadas, ignoradas y poco valoradas por la mayoría de los que habitamos en este país y en el mundo; no obstante, respetadas y admiradas por mí. Mi padre es un hombre muy sabio; desde la cuna fue adquiriendo los conocimientos y secretos

para labrar la tierra: aprendió a observar, sentir, prever los cambios del territorio; su saber no provendrá de la academia y sus métodos especializados; él aprendió viviendo, experimentando; a él nunca le falta una respuesta y solución coherente para los problemas. Mi padre tiene carácter fuerte y corazón noble; es perfeccionista y demasiado responsable; sus costumbres y tradiciones están arraigadas a la vida pasada; en la casa se hace lo que él dice y de manera rápida y eficaz; así fue su crianza y de la misma manera nos formó a nosotros, a veces con palabras y otras ocasiones con castigos, golpes con látigo; en el momento, le reproché, reclamé y hasta puse mi peor cara frente a su tez, pero en la actualidad no le reprocho sus maneras, le agradezco; gracias a su carácter somos personas de bien, honradas y trabajadoras.

Mi padre sigue siendo el ejemplo a seguir: labra la tierra bajo el sol o la lluvia, no importa el tiempo ni la condición climática; es el primero en levantarse y el último en acostarse, nunca para, nunca se enferma; quizá se cansa, pero nunca nos lo hace saber; no hace faltar la comida, está pendiente de todo, lo arregla todo. Una de las cosas que más me han calado en el espíritu es que me enseña cosas que en la academia no saben; a despecho de no tener más que los estudios primarios, percibo que no le hacen falta los cartones de títulos universitarios; es mi maestro por excelencia, el mejor que haya tenido en la vida; me enseñó a amar, me enseñó el valor del respeto, de fuerza, de paciencia, de honradez, de perdón; me enseñó el valor de la perseverancia, la importancia de los detalles; a no confiar en la suerte, sino en el trabajo; a estar siempre para la familia, que la vida con humor es siempre mejor; a confiar en los demás, en el apoyo de la comunidad; me enseñó que con poco que puede lograr mucho y que todo esto está en función de quererse uno mismo, para poder apreciar a los demás.

Ahora, cuando él ve la bebé que apenas le cabía en las manos convertida en una profesora, se siente orgulloso, contento, representado; en su cara se ve la alegría de la cosecha, está recogiendo sus frutos, sus esfuerzos, su constancia y su amor. Ahora, cuando en clase tengo tantos niños, como hijos, entiendo el amor que podemos sentir hacia nuestros seres queridos.

Mi padre, además de ser la cabeza y la piedra sobre la que descansa la familia, también es mi héroe de ruana y botas. Él es la memoria de mis antepasados, es el gestor de recuerdos; ¡cómo no acordarme de sus consejos, chistes, historias fantásticas!, ¡cómo no tener presente el amor que me enseñó hacia Dios y hacia mí misma. Ante mis ojos, mi papá es perfecto; es mi inspiración y mi modelo. Sé que siempre vamos a estar juntos sin importar nada; nuestro amor es demasiado grande y es lo que nos mantendrá unidos para siempre.

Por otra parte, el segundo pilar sobre el que se construye mi existencia es mamá: Doña

Edith, como es bien conocida, una señora trabajadora y de arranque; su piel es clara y sus mejillas sonrosadas, lo que le da un aire saludable y de vitalidad; sus ojos son profundos y brillantes, combinan con su sonrisa luminosa; para usted, mi querida madre, estas palabras.

Mami, desde pequeña he admirado tu manera de vivir; has sido el arquetipo que he tratado de perseguir para darme cuenta que haces demasiado, que eres incansable y mantienes todo en orden. Quizá estar a punto de graduarme sea una manera de agradecer todos los sacrificios que has hecho por nosotros; sin tu influencia no seríamos lo que somos hoy. Eres mi mejor amiga, la luz que guía mis pasos y me ilumina en las jornadas oscuras; prometo, sin importar el tiempo y la distancia, que siempre vamos a seguir conectadas por el hilo del corazón, que se ha anudado, tejido, destejido y corregido, para formar la bonita artesanía que es nuestra relación; ambas sabemos que estamos la una para la otra.

Querida mamá, mi maestra por excelencia, este logro es de ambas, pues tú sacrificaste tu aprendizaje por el mío; olvidaste tus sueños para edificar los míos; gracias por regalarme la vida y tu vida a mi cuidado, por el sacrificio de tu descanso y tu tiempo libre. En mis vagos recuerdos, en la mente inocente que era, quedó grabada tu imagen enseñándome las letras, los primeros numeritos, todas las nociones que al fin y al cabo han contribuido a que esté aquí. Tu sueño recurrente era verme convertida en una excelente profesional para evitar la vida difícil que a ti te tocó; naciste en un hogar muy necesitado, con doce hermanos y las dificultades que acarrea tener una familia tan grande. Aunque tu sueño era seguir por la vida de la academia, a mis abuelitos solo les alcanzaba para la comida; desde pequeña te viste obligada a salir a trabajar para poder solventar tus necesidades como mujer y cooperar económicamente en casa; tus sueños de ser maestra se frustraron a muy temprana edad; te hice mamá a tus veintidós añitos; desde que lo supiste fui un motivo de orgullo y felicidad.

No voy a poder escribir todo lo que aprendí junto a ellos; es indiscutible que todos aprendemos de nuestros padres más de lo que imaginamos; conforme pasan los años y adquirimos conciencia, caemos en cuenta de las grandes y pequeñas cosas de las que fueron inspiración. Como los mejores y más estudiados maestros, nos transmitieron su conocimiento, y como profesores potenciaron características fundamentales en nosotros como personas y como profesionales de la educación: la escucha, la paciencia, la bondad, el respeto, la humanidad es algo que fundamentalmente se aprende en la escuela en la que todos somos consanguíneos.

Finalmente, y de nuevo, doy gracias por la vida y la constancia para mantenerla; me siento contenta y al tiempo nostálgica por el pasado, por haber crecido tanto; todo cambia y todo

pasa; el tiempo imparable nos recuerda cada día, con sus carros de fuego que atraviesan el cielo, que somos pasajeros y fugaces; quisiera permanecer el tiempo suficiente para ver envejecer a mis padres y poder de alguna manera retornar todas las atenciones, preocupaciones y bienes que he recibido.

A pesar de la riqueza de las letras y sus combinaciones, es dificultoso trasladar la abundante cantidad de imágenes mentales que germinan en mi cabeza al papel; son tantas emociones y sensaciones que hacen que no quiera separarme de mi familia. No me cabe en la cabeza cómo hay hijos que no quieren estar cerca de casa; en mi opinión, mis padres son las personas con mayor valía y, por la misma razón, por su entrega, pido perdón si en algún momento he sido mala hija, pero estoy aprendiendo a vivir y, para aprender, hay que cometer errores. Ustedes nos han mostrado, a mis hermanos y a mí, el valor de la unión en la familia; nos ayudan con las cargas, comprenden las ansiedades y miedos, los desvíos del camino y los bloqueos; a pesar de todo, están presentes y contamos con la fortuna de poder volver al amor reconfortante del hogar, del “hotel familia”.

No soy capaz de pensar en ustedes como figuras de autoridad; los reconozco como amigos, compañeros y sobre todo guías; el camino, los problemas, las decisiones serán menos complicadas, si están a mi lado; de mi parte, van a recibir el amor que se merecen; para ustedes siempre seré una pequeña princesa.

A mis primeros maestros, mis padres y amigos, gracias por permitirme conocer y disfrutar del mundo; por ustedes, mi título es casi realidad; una reverencia frente a ustedes y que Dios los guarde y los bendiga, viejitos de mi vida.

EN EL MINISTERIO DE LO PEQUEÑO, DE LO NADA NOTABLE, DE LO INVISIBLE

Era un día de enero, en la tarde, aproximadamente a las cuatro. Sentada en mi reducida habitación en renta, planeaba el día de mañana, no como una metáfora; el día de mañana tendría un recuerdo que duraría por muchos años, pues era mi primer día como profesora. Me sudaban las manos y el aire se volvía un poquito más denso; entretanto mi celular vibraba en la mesa; era el profesor titular que me informaba: “La clase comienza a las 7:00 de la mañana; haremos tu presentación, llamas lista para que asocies nombres con las caras de los estudiantes; la última clase quedé con la temática del debate. Continúa con ese tema; por favor, llega puntual. Saludos.”

“Me gusta el tema”, dije sonriendo internamente. Muchas ideas y planes se mezclaron en mi mente para desarrollar lo que sería mi primera clase. Me puse de pie, me dirigí al escritorio que estaba en una esquina de la habitación y encendí mi computadora; consulté sobre el debate, regué las plantas del recuerdo, escribí con entusiasmo la información relevante en una libreta; terminado el proceso de selección y escritura, leí y releí el contenido, satisfecha; cerré la libreta, busqué en mi armario un bolso, tenía que ser el más bonito, el más nuevo; entre los tres que tenía, elegí el de color vino, que era el mejor y contribuía a verme presentable; tenía que dejar una primera impresión muy buena.

Puse los utensilios escolares dentro del bolsito elegante. ¡Todo listo! Sin prevenciones, anidó en mi cuerpo la necesidad de tomar una ducha. Estaba nerviosa, un poco ansiosa y el agua fría me caería positivamente. Al salir del baño, miré el reloj y eran casi las siete de la noche; me puse la pijama y encendí el Wi-Fi de mi celular; mientras cenaba, escuché uno de mis poemas favoritos; iba solo por uno, pero las palabras me abrieron la mente y me retuvieron; después de un momento solo para mí, porque, en realidad, habían pasado cuatro horas. “¡Mierda!”, me digo, si el tiempo pasara de esta manera cuando tengo que hacer mis obligaciones.

Acomodé mis pensamientos en la almohada; rectifiqué que la alarma marcara las 5:30 a. m. y subí todo el volumen, previniendo quedarme dormida; apagué la luz, me recosté boca arriba, cerré los ojos e intenté dormir, pero no pude; pensé y pensé, imaginé miles de

posibilidades para el primer día, hasta quedarme dormida.

¡Ti... ti... ti... ti...!, suena la alarma; extendí mi mano para apagar ese sonido que tanto detesto, pues odio madrugar; de repente y de la nada un recuerdo vago pasó por mi mente: ¡La práctica!... De inmediato estuve en pie; ni siquiera pospuse la alarma cinco minutos más, como de costumbre; ingresé a la ducha y, mientras bañaba mi cuerpo desnudo, “¿Qué me voy a poner? Armé la pinta en imágenes mentales, salí y me vestí de prisa; me miré en el espejo, me gustó; afanada terminé de arreglarme y salí.

No quería llegar tarde a mi primer día, por ese motivo tomé un taxi. El taxista me miró por el retrovisor, después de que le di la orden de ir al colegio y, curiosamente, preguntó:

—¿A qué va al colegio, señorita?

—Tengo clase a las siete y no quiero llegar tarde, —le respondí. Veo en su cara algo de asombro y cansancio; me vuelve a preguntar:

—Perdone, ¿a qué colegio va, señorita?

—Al LEMO, el colegio. —Tenía tantas ideas en la cabeza que había asumido que dije la dirección correcta.

—Vuelo, señorita. ¿Y usted es profesora?

—Sí —contesté con orgullo, “creída”, como decimos aquí. Se asombró otra vez.

—Tal vez no es; es que la veo muy joven, discúlpeme.

—Tengo 22 —le dije, y sonreí.

—Ojalá yo hubiera tenido profesoras así; las mías eran todas de avanzada edad, gordas y muy amargadas. —Los dos nos carcajamos y, entre pláticas, llegamos al colegio.

—¡Mucha suerte! —me dijo el amable taxista.

—¡Gracias! La voy a necesitar. —Me despedí y también le deseé que le fuera bien.

En la entrada del colegio, el celador inquirió:

—¡Buenos días!, ¿qué se le ofrece?

—Soy practicante, permítame le muestro mi carnet. —Con agilidad, abrí mi bolso para buscarlo.

—No, no, no es necesario. Siga, bienvenida. —Me dejó pasar, sin tanta ceremonia.

Al ver los corredores, los pasillos, la cancha, el comedor, los salones, siento cosquillas en el estómago, me sudan las manos, un nudo en la garganta; recuerdo cuando estaba del otro lado y era una estudiante cuya mayor preocupación eran las tareas. “¡Lo mejor está por venir!”, me dije, y me dirigí hacia la Sala de profesores.

Todos me miraban; una cara nueva siempre atrae miradas. El titular se levantó de su escritorio y me regaló algunas palabras de recibimiento; en seguida, se dio cuenta y me preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Estoy nerviosa, —le respondí. Sonrió muy sutilmente y me dijo:

—Es normal, ya te acostumbrarás. Faltan cinco minutos; mientras tanto, te presento con los compañeros.

Saludé a los colegas; jamás pensé que algunos me fueran a tratar como su igual. Después de tanta amabilidad, tomé una aromática y salimos hacia el aula de clases. El profesor se saluda con todos; sus relaciones son la evidencia del tiempo que lleva en el lugar. “¿Cuándo seré yo reconocida?”, me pregunté. Durante la caminata por el pasillo, todos me observaban con sus ojos curiosos y brillantes. El profesor se detuvo.

—Llegamos, aquí es. —Había estudiantes en el patio, en las ventanas y otros estaban dentro del salón.

“¡Sigan, por favor!”, exclama con autoridad el profesor. Cuando estuvimos todos reunidos y poniéndonos atención, el profesor delicadamente situó su mano en mi hombro y me susurró:

—Todo saldrá bien; no dejes que los estudiantes te noten nerviosa; ahora, entra segura y feliz, porque ahora este es tu mundo. —Le sonreí y entré al salón con paso firme.

—“¡Saludamos!” — dice el profesor, inquiriendo a los estudiantes con los ojos y la cabeza; los estudiantes responden en coro; me siento observada hasta el límite, me siento incómoda, el tiempo se detiene. Dentro de mí, una voz se expresa con calma: “Este es mi lugar ahora; estaré miles de veces frente a estudiantes, los veré llegar e irse, cambiar, crecer; los nuevos retos se alinean como un pelotón contra el cual debo pelear y vencer; voy a descubrir otro mundo.” Reaccioné, mientras el profesor daba una información que venía dirigida de coordinación; me miró por unos segundos y dirigiéndose a sus estudiantes dijo:

—La señorita es la nueva profesora. —Ansiosa de ver la reacción, dirijo la mirada a los estudiantes; se ven contentos, se ríen, aplauden:

—¡Bravoooo! —grita uno de ellos.

Bajé la guardia, una alegría inmensa me invadió: con la voz trémula me presenté, me puse a su disposición; les hice saber mis ganas de ayudar, de enseñar y, sobre todo, de aprender. Después de mi intervención, el profesor nuevamente habló:

—¿Alguna pregunta? —La mayoría levantó la mano; dimos paso a sus preguntas y me

Encontré con interrogantes como: ¿Cuántos años tiene?, ¿dónde estudió?, ¿dónde vive?, ¿de dónde es?; abrí mi corazón como muy pocas veces lo hago y, como la clase era tan corta, nos quedamos a platicar lo que quedaba de tiempo.

LIBRANDO BATALLAS

Lunes, 2:00 a. m.

Esta vez no me despierta la alarma de celular, sino la dulce voz de mamá a lo lejos: “Hija es hora, levántate”, “Ya voy, ma,” respondí con el peso de la pereza aplastándome; me levanté, me arreglé y me dirigí a la cocina a atender el llamado de mi madre. Me miró con gesto comprensivo y avisó:

—Le empaqué un quesito, unas arepas, algunas frutas. ¡Comerá, no vaya a dejar que se le pasen las cositas!

—Sí, mamá; vaya acuéstese; yo espero a que el bus me recoja. —Pasó media hora y el bus pitó fuera de mi casa.

—Chao, ma, te llamaré cuando llegue... —Dormí durante todo el viaje; a las 5:40 arribé a la ciudad; caminé hasta mi habitación de arriendo, me duché, desayuné y salí para el colegio, como de costumbre; la mañana transcurrió sin ninguna novedad; dicté la clase que correspondía y salí a tomar algo de sol durante el descanso; me quedaba solo una clase para finalizar la jornada; estaba ávida, porque la clase iba a ser dinámica y algo divertida; bueno, así lo esperaba. El timbre anunció que se debía ingresar a los salones para la clase; voy por mis útiles, los listados y mis materiales de trabajo.

Un día antes algunos estudiantes me solicitaron pedir un aula digital, con el fin de hacer una presentación más creativa respecto a la actividad que se les había asignado para ese día. En las horas de la mañana hice los trámites y me aprobaron la solicitud del aula; por tanto, me encaminé al salón para informar a los estudiantes que la clase se desarrollaría en la sala de audiovisuales.

Hasta el momento, ninguna novedad; todo transcurría con total tranquilidad; los estudiantes ocuparon sus lugares; una vez ordenados, me dirigí a ellos:

—El día de hoy tenemos una actividad pendiente, ¡Sí lo recuerdan! Después de ver la temática, llegamos al acuerdo de que, como complemento de la clase teórica, haremos una parte práctica, en la cual ustedes son los ejecutores; el día viernes les concedí unos minutos con el fin de que se organizaran y planearan la presentación de una noticia; tengan presente que la actividad se ejecuta con el fin de mejorar su expresión oral y su dialecto; la noticia era libre y

podían escoger el tema sobre el cual quisieran hablar, ya sea deportivo, económico, de farándula, en fin. En mi poder tengo los nombres y el orden de los grupos; no siendo más, empecemos. ¿Tienen alguna duda? ¡Pregunten! Uno

de los estudiantes levantó la mano; le di la palabra; muy respetuosamente me solicitó un par de minutos para organizarse, puesto que llevaban trajes y algunos materiales creativos; concedí diez minutos para que estuviesen listos.

Los estudiantes eran muy creativos; al verlos tan motivados con el ejercicio, me dispuse a detallarlos y percibí que todos eran especiales, cada uno tenía sus particularidades; había alumnos que sobresalían por su liderazgo, por su entusiasmo; algunos eran arrebatados y desordenados; otros, en cambio, algo tímidos y callados. Traté de detallar por un momento a todos los estudiantes e identificar personalidades y cualidades, fortalezas y falencias; noté que todos los grupos trabajaron, se esforzaron, excepto un grupo de niñas, que se ubicaron en una esquina del salón y apenas estaban elaborando la tarea que se dejó para la casa; mi teléfono anunció que habían pasado los diez minutos y dimos inicio al ejercicio.

—¡Nosotros queremos empezar! —exclama un grupo; entonces, les pedí a todos que colaboraran con la escucha activa, la atención y guardaran respeto con el grupo que se encontraba al frente y con los asistentes a la clase. Los jóvenes desarrollaron la noticia; su camarógrafo simuló grabar; hicieron una cámara con elementos reciclables; eran en grado sumo dinámicos; el esfuerzo daba un buen resultado; me alegré por ellos.

El segundo grupo pasó al frente, todos muy bien vestidos; tenían corresponsales en otras ciudades; entrevistaron a Shakira y nos hicieron reír a carcajadas.

El tercer grupo, nos hizo parte a mí y a sus compañeros de la noticia; entrevistaron a algunos; pidieron nuestra opinión sobre el evento noticioso, que era el conflicto armado en Colombia. Destacó su capacidad para improvisar e interactuar con el medio; es bueno generar las relaciones interpersonales que apuntan al conocimiento.

El cuarto grupo (solo chicas) transmitió en vivo un reinado de belleza; estaban ataviadas y maquilladas como reinas; su belleza transformaba el recinto; cualquiera que no estuviese enterado de la actividad, aseguro hubiera pensado que estaba en un reinado; en su acto, una periodista hizo las típicas preguntas para las reinas y ellas respondieron de manera incoherente, simbolizando la falta de preparación académica de las reinas y la escasez de contenido útil y significativo para los participantes de la festividad, que suele ser televisada, y finalizaron con un llamado a la lectura y al conocimiento.

El quinto grupo, a diferencia de los demás, estaba conformado solo por dos estudiantes,

pero lo hicieron de maravilla; intercambiaron papeles: uno hizo de periodista y el otro de entrevistado (un reconocido jugador de fútbol); paradójicamente, se parecían mucho en su físico, lo que causó risa entre ellos mismos; después, el entrevistado hizo las veces de reportero; así presentaron su noticia de manera llamativa, evitando que el número de los integrantes fuera un obstáculo para la consecución del objetivo.

El sexto y último grupo salió al frente y presentó su noticia en cuestión de segundos; no traían material; por su expresión oral y corporal se notó que acababan de preparar la tarea; cuando terminaron, también aplaudimos, como se había hecho con los que ya habían pasado. Los felicité e hice el llamado (en general) a desarrollar las tareas de casa en casa, con el fin de mejorar su conocimiento lingüístico de la lengua y su expresión oral.

El profesor titular estaba orgulloso del trabajo que tuvo el gusto de presenciar; me felicitó; mencionó que nunca se habían elaborado ejercicios similares; además, escuché hablar por primera vez a varios estudiantes. Resaltó las fortalezas de ciertos grupos, felicitó a otros por la calidad del trabajo y dio instrucciones y consejos con el fin de mejorar mínimos detalles para la próxima actividad, en caso de darse.

Faltaban pocos minutos para la hora de salida y el profesor me cedió la autonomía para administrar las calificaciones: la misma nota para todos los integrantes del grupo; reflexioné, revisé mis notas y recordé; terminado el trabajo, se lo hice conocer al maestro titular; él estuvo de acuerdo con mi criterio y me solicitó que diera a conocer las notas a los estudiantes y me retirara.

Felicité una vez más a todos por el éxito de la clase y, en el mismo orden en que se presentaron, dicté sus notas; el sistema de calificación del colegio era: superior, alto, bajo; todos los grupos se hacían merecedores a un superior, excepto el último; la calificación de ellos fue alto; era lo justo, en contraste a la preparación y el esfuerzo de los otros grupos, a quienes se tenía que reconocer y valorar.

—¡Ve, vos, ¿por qué nos pusiste alto?! —protestó una estudiante desde la parte trasera del salón, en un tono altanero y poco afable.

—Es lo justo —le respondí—, la tarea era para la casa y ustedes acabaron de organizarse; además, sus compañeros hicieron el ejercicio de manera creativa; hasta elaboraron, lo cual debe ser valorado mejor.

—¡Vos no me puedes obligar a traer ropa, ni vestidos, ni micrófonos, ni nada de esas ridiculeces! —vuelve a quejarse la misma estudiante.

—Claro que no —repliqué respetuosamente—, fue decisión, imaginación y creatividad de

cada grupo; si ustedes, como grupo, no querían cambiarse de ropa o no querían crear una cámara, como ellos lo hicieron, está bien. Estoy calificando la expresión oral, que hubieran escogido vocabulario adecuado, expresiones acertadas y acordes al tema que estamos mirando.

Ella interrumpió la explicación, que le estaba dando y dijo:

—¡Perra Hijueputa! —Silencio absoluto en la sala; cruzaban miradas de sorpresa y asombro; los chicos estaban asustados, nadie rompía la barrera de hielo que se posó en el aula; como en una escena de realismo mágico, sentí flotar, elevarme, para luego ser aplastada por el mundo; por un instante me sentí pequeña, fracasada, ¿qué hacer?, ¿cómo reaccionar?, ¿qué decir? Me sudaban las manos, se me cortaba la respiración, pero, como en una ilusión y de repente, reaccioné:

—¿Disculpa?, ¿qué dijiste?

—¡Perra hijueputa! — repitió la estudiante con una sonrisa burlona y agregó—, ¡Poné la nota que se te dé la gana! —Me hice la fuerte, respiré profundo:

—Esa no es la manera —respondí, y le pedí a uno de los estudiantes que, por favor, llamara al titular, pues necesitaba ayuda. La verdad era esa, no supe cómo manejar la situación; preferí esperar a que el profesor estuviera presente; el estudiante salió al punto y en cuestión de segundos llegó el profesor; se percató de que algo estaba sucediendo y no era positivo; no sé si por la palidez de mi rostro o por la cara de espanto de los estudiantes, me preguntó qué sucedía y, con vergüenza y desesperanza, le conté lo acaecido.

El profesor mostró en sus facciones sentimientos de asombro y rabia; las cejas casi se tocaban en el centro de la frente:

—¿Por qué hiciste eso? —le reclamó, enfadado—, ¡Pide disculpas ahora mismo!

—No lo pienso hacer, —replicó con arrogancia. El nudo que estaba tratando de apretar y contener en el estómago, subió hacia mi garganta y explotó por mis ojos; sentía cómo el frío húmedo corría por mis mejillas ruborizadas de impotencia y decepción; intenté mantenerme fuerte, pero, al reflexionar y medir mi esfuerzo, mi dedicación, mi empeño, palpé los días pasados como vanos y malgastados. Con las manos temblorosas, tomé mis útiles y salí del aula; no deseaba que unos pequeños desconocidos siguieran mirando mi lado frágil y débil.

Salí y orienté mis pasos hacia la Sala de profesores; la respiración se perdía en el interior de mi cuerpo, trataba de no ahogarme, pretendía desviar las lágrimas y que nadie se diera cuenta de lo evidente. Los docentes se acercaron y me preguntaron angustiados qué me sucedía; no

quise decir nada, preferí callar; tenía demasiado miedo de provocar una tormenta en un vaso de agua. Entró el profesor y me dijo que llore, pues eliminar lo que nos aprisiona es bueno; lo que más me tranquiliza es el argumento que dicta que eso nos pasa a todos, que no me preocupara, que lo había hecho bien. Ante la curiosidad de los maestros, el titular les comentó que una estudiante me había agredido verbalmente minutos antes; veo sus rostros y se ven sosegados; lo sucedido no los escandalizaba; después de años en este oficio, sabían que son los altos en el camino que es justo aprovechar, los bloqueos que hay que superar; finalmente, todos me abrazaron, siento su comprensión:

—Todo va a estar bien, —es la frase que me guardé muy bien en mi disco duro.

Respiré profundo, el aire se sintió mejor y pude contenerme un poco; sonreí y agradecí a todo el equipo, pues me hicieron sentir parte de ellos y me refrescaron la idea que profesa que antes de ser profesores somos humanos. Agradecí y escuché atentamente valiosos y sabios consejos de maestros con largas trayectorias: “Ahorita quizá no sabes cómo arrancar; luego necesitarás saber cómo parar. Hace parte de nuestro día a día, pero ten por seguro que la próxima, ojalá no la haya, sabrás darle mejor respuesta.” Cuando dejé de advertir mis ojos hinchados, tomé mis pertenencias y me retiré de la instalación educativa.

Me sentía muy cansada e imaginé que sería por la madrugada, el viaje, el estrés, la preocupación, en fin... Había sido un día largo; mientras caminaba a casa analicé que muchas veces viajé de madrugada y tuve días arduos, llenos de trabajo pesado; sin embargo, mi cuerpo jamás había experimentado esa rara sensación que se resumía en una mezcla de tristeza, impotencia y decepción; una aversión a algo que era mío, una molestia interna y, al tiempo, rabia con el mundo. Las cosas no iban bien. Por fin llegué a casa, entré rápidamente y sin hablar a mi habitación; no me duché como de costumbre; mi estómago, a pesar de estar vacío, quiso permanecer así; mi cuerpo estaba embotado y, entre lágrimas y pensamientos negativos, me quedé dormida.

En mi recuerdo, son las seis de la mañana; me despiertan amigables los rayos solares que entran por la ventana; tengo clase a las diez y el mal día de ayer no me había permitido preparar la clase como de costumbre; sin embargo, y sin más remedio, me pongo en pie y empiezo un nuevo día; no tengo el mismo entusiasmo, pero firme con mis responsabilidades, preparo la clase, me arreglo y salgo, antes de que me agarre la tarde. En realidad, no quería ir al colegio, pero cuando llego las cosas cambian y el cambio no se limita a mejorar mi mal genio; mi bajón, me infunde coraje y anhelos de seguir con este sueño que por un momento se me vino abajo.

En el salón de clases, los estudiantes me esperan organizados; algunos me dicen palabras cariñosas y otros me abrazan; las sensaciones de sus palabras y sus bracitos juveniles y fecundos estimulan en mí un florecimiento; su cariño y agradecimiento me posibilitan dejar el lastre que me había echado encima desde ayer; entro a la Sala de profesores y leo mensajes inspiradores, los cuales causan en mí una toma de conciencia; fue tan solo un momento de turbulencia, no será una mala vida.

ACTO DE VALENTÍA

Me levanté como de costumbre, pero no con las mismas ganas; me duché, cambié, tomé mis útiles y salí rumbo al colegio; eran las siete y treinta y el sol se estaba desperezando; tenía clases de filosofía con un grado décimo, a las nueve de la mañana; me sobraba tiempo para llegar. El día era hermoso; puntitos de rayos de sol calentaban mi cuerpo entero y, como tenía frío, disfruté de las caricias del astro, mientras esperaba la ruta que me llevaría hasta la institución. El calor favoreció que pensara y gritara fuerte en la mente: “Astro rey, enséñame a brillar como lo haces tú, sin importar lo que pasa en el mundo; sin descanso ni distracción, estás presente cumpliendo tu función; dame de tu luz, calienta de nuevo mi corazón; que las palabras soeces de una estudiante enfadada no afecten mi caminar; ayúdame a entender qué hace parte de la docencia, de la academia; también, es tener que soportar y disfrutar de buenos y malos momentos, son parte insustituible de la vida; necesito comprender que después de la tormenta siempre sales tú, mucho más brillante, radiante y majestuoso. Que mi luz no se apague, que no se apague la luz de la enseñanza; brilla, brilla mucho; recuerda por todo lo que has tenido que pasar para llegar donde estás, que nada ni nadie te detenga; astro rey, mi luz resplandece tanto o más que la tuya, suspiro y sonrío, el pasado solo será la construcción que no me deje caer en la carrera a la meta definida, al futuro con la vista en un punto fijo, sin la mente racional que en demasía obstruye; con mucha pasión, renuévate y vuelve donde ayer no pensaste volver; recuerda, princesa, como dice el sabio: “No nos bañamos dos veces en las aguas en el mismo río”, llega sin rencor en el alma; las palabras “perra hijueputa” quedan enterradas, el olvido es la cura; empecemos de nuevo, ya he aprendido.”

Abrí los ojos, volví a sonreír; debía ir al colegio con otra actitud: feliz, a cumplir la labor que elegí y a ser la mejor docente de mi país; los obstáculos quedaron relegados para que no sean ansia de mi preocupación. ¡Mi ley es seguir! Tomé mi ruta y continué el viaje.

Quien hizo la vida es perfecto; nos dejó agujeros, púas y animales peligrosos en un prado de jardines edénicos solamente para que podamos disfrutar de todos los sabores de existir. Nacimos acostados y, luego, a medida que ascendimos, también conocimos el suelo; los pasos y la caída son una dulce dicotomía; lo fundamental es conservar el equilibrio, aprender de las raspaduras, y sentir las cicatrices de vez en cuando es saberse vivo. Salí de mis pensamientos y

entré al colegio sonriente y con paso firme.

MIELES DEL PERDÓN

Pasaron un par de días desde el incidente que me hizo pasar un mal momento; recuperé mis ganas y restauré todas las fuerzas que me permiten ser la maestra que siempre quise tener; mucho más inspirada que antes, continué con las clases y con mis responsabilidades, que no son actividades que se hacen a la ligera.

Los maestros tenemos la responsabilidad más grande del mundo, puesto que en nuestras manos está el futuro de la sociedad, en nuestras aulas se encuentran los médicos que probablemente me curen en la vejez, los abogados que serán garantes de que la ley se cumpla, los agricultores que trabajarán la tierra y casi literalmente nos darán de comer; están los policías que defenderán al pueblo y podrán comprender al fin quiénes son los buenos y, en este pequeño resumen de profesores, también estarán las profesoras y profesores que continuarán con la misión.

Somos luz, somos guía, somos ejemplo, somos quienes educan el futuro y el destino de nuestra nación; por ello, desde mi perspectiva, nuestra labor es la más difícil y la más importante de todas, sin demeritar ninguna otra; las diferencias, los contratiempos, los contrastes, las discusiones y muchas más situaciones que nos alteran están fabricadas para endurecernos, pero no para volvernos como piedra, sino para ser fuertes como robles, pero tiernos y simpáticos como las enredaderas, que lo único que buscan es crecer, ascender y florecer; aquí hay que mirar también a los que vienen atrás y darles la mano; no abusar de uno mismo en el dar ni en el recibir.

Pensé en las claras palabras de otro sabio: “Cuando te peguen en una mejilla, pon la otra”; volví a la institución donde recibí un trato injusto e injustificable de una estudiante que todavía es una niña, una pequeña niña que apenas comienza a vivir.

En los minutos de descanso, salí, otra vez, a ser iluminada por el astro rey; tres niñas se acercaron; venían recién peinadas, parecían haber salido del tocador; sus uniformes lucían bien; una, la que se acercó más y miraba de vez en cuando a los ojos mientras hablaba, me preguntó y a mí, que me gusta tener amigos, le respondí; esta fue la conversación que tuvimos:

—¿Cómo se siente, profe?

—Muy triste por lo sucedido.

—Nosotros estamos bravas con ella, ¿cómo va a responder así?, nadie se lo esperaba.

—No le haga caso, —dijo otra que no había hablado hasta el momento.

—Sí, profe —agregó la que faltaba por hablar—, ella es así siempre, es grosera, altanera, mal hablada; de hecho, pertenece a una pandilla del barrio.

— ¿Es cierto lo que dices? —le pregunté, alarmada.

—Sí, es una “ñera”, —respondió la que habló al principio.

Terminó el descanso y me despedí de las estudiantes, pero la conversación me dejó muy inquieta; pensé en lo que me contaron el resto de tarde.

Al siguiente día, instalada en mi aula de clases, a la mitad de la clase tocaron a la puerta y, al atender el llamado, corroboramos que se trataba del Coordinador de disciplina del colegio, quien me requería en su oficina; le solicité escasos minutos para proponer una actividad y así evitar que los estudiantes generaran desorden dentro y fuera del aula y salí veloz a atender el llamado.

De camino a la oficina, imaginé que sería para tratar el incidente y efectivamente era para eso. Me pidió que le contara los hechos y, al finalizar mi relato, confesó que ya conocía lo ocurrido por testimonio de uno de los estudiantes y agregó que las dos versiones eran exactamente iguales, así que, sin ninguna duda de por medio, me comentó que pensaba tomar las medidas disciplinarias correspondientes, para que lo acontecido no volviera a suceder. En cuanto a la práctica pedagógica, dijo que no me sintiera mal o culpable, puesto que mi labor estaba llevándose a cabo con mucha responsabilidad y eficacia; me felicitó y me aseguró un buen futuro debido a mi desempeño.

Agradecí el reconocimiento y la amabilidad del coordinador y, antes de retirarme de su oficina, le pedí que me permitiera manifestar algo que me tenía muy inquieta. Me concedió la palabra y le manifesté que no quería que se impusiera ningún tipo de sanción o académica contra la estudiante; con cara de asombro, me preguntó el porqué de mi solicitud; reconocí que, a pesar del mal momento que la agresión me causó, no quería que las sanciones tuvieran consecuencias graves para la estudiante; no deseaba quitarle la oportunidad de que siguiera estudiando; las calles no son la mejor opción para una niña de su edad; posiblemente la escuela sea una oportunidad, una ventana en medio de las puertas que se le han cerrado.

El coordinador me respondió con asombro y argumentó que, aunque lo que manifesté era razonable, lógico y noble de mi parte, la estudiante ya tenía antecedentes de mal comportamiento; además, la agresión a un docente era considerada como una falta gravísima,

que bajo ninguna circunstancia debía pasar desapercibida.

Escuché sus argumentos cuidadosamente y entendí que, al pasar por alto la agresión, puede volverse repetitiva y aquello era algo inaceptable. Pedí una segunda oportunidad para la estudiante, una matrícula condicional en vez de la sanción definitiva; el Coordinador me repitió que la estudiante tenía antecedentes de mal comportamiento; no obstante, prometió pensar en lo que le había expuesto; nos despedimos y me retiré.

Pasaron dos o tres días y me citaron de nuevo a la oficina del Coordinador; por un momento pensé que él tenía una respuesta, pero, al entrar: ¡Sorpresa!, estaba el profesor titular, una estudiante como testigo y obviamente la estudiante que me había agredido y su padre; tomé asiento, saludé a los presentes y todos me respondieron con amabilidad, excepto ella, que no respondió y ni siquiera me miró.

El Coordinador expresó que en el Colegio estaban prohibidas las agresiones de cualquier tipo, por mínimas que fueran; si había algún tipo de ofensa verbal o física, se vería obligado a proseguir en la aplicación de medidas más drásticas. Estaba nerviosa y me sudaban las manos; me preocupé mucho, pero no por la agresión en mi contra, sino por lo que le podía suceder disciplinariamente a la niña; el Coordinador dio a conocer la decisión tomada y aclaró que, por mi petición, no sería expulsada; se le imponía matrícula condicional. El padre de familia, como respuesta a la situación, llenó a su hija de reproches, con muy alto grado de mala educación, grosería y altanería; el Coordinador frenó su intervención, solicitando respeto por la estudiante y los presentes.

De inmediato enlacé la reacción del padre con la de su hija al escuchar la mala nota, aunque no era del todo mala. Las respuestas eran similares y agresivas; supongo que el ambiente del hogar la impulsaba a comportarse de manera que molestara a los demás y defendiera sus preceptos. Sentía paz, mucha paz en mi corazón; el rencor no tenía cabida; tuve la opción de darme y darle a la estudiante una segunda oportunidad; probablemente no volviera a verla, quizá su vida con sanción o sin sanción siguiera igual, pero yo prefería para ella un aula de clases a la calle.

Era probable que, después de la sanción, su destino fuera el trabajo ambulante, las drogas, la prostitución; no digo que la sociedad yerre en cómo está conformada; una trabajadora sexual hace parte de la sociedad y no tiene por qué ser excluida, mucho menos juzgada o discriminada; igual pasa con los trabajadores ambulantes: su trabajo es digno y es lo que les da de comer. Lo cruel en la historia era que ella todavía era una niña y, a despecho de lo grosera que pudo haber

sido, vi en sus ojos bondad; por eso, cuando terminé mi práctica y me retiré del colegio, sin rencor alguno, la busqué y le manifesté lo que daba vueltas en mi mente:

—Deseo mucho éxito para su vida; que las cosas cambien y puedan ser mejores; una puede salir adelante.

— Sin duda alguna, usted ha sido una de los mejores profesores que he tenido. Algún día quiero ser una profesional de la salud, pero el —casi se le sale otra grosería— problema es que yo no tengo las mismas oportunidades que usted. No entendí a qué oportunidades se refería; era evidente que yo desconocía su historia y ella la mía; entonces, le respondí, sin querer alterar la situación.

—Yo tuve la oportunidad de estudiar y tú también la tienes; estamos en las mismas condiciones; además, veo en ti la capacidad de lograr lo que te propongas.

Hoy en día no sé nada sobre ella, ni de su vida; solo espero supiera aprovechar esa segunda oportunidad y que, a través del estudio, cambie su vida y se transforme en una excelente profesional.

EL ARTE DE UNA PREGUNTA TONTA

Luis Eduardo Mora Osejo es el nombre de la institución educativa donde estoy desarrollando mi práctica pedagógica; es una institución que alberga a estudiantes con diversas problemáticas y situaciones de vulnerabilidad; la mayoría es de bajos recursos, golpeada en demasía por la desigualdad de este país; pese a los aprietos económicos de sus padres, luchan incansablemente para poder atender el llamado de la academia; se preparan de otra manera para la vida.

En mi caso, me encuentro con situaciones difíciles, me enfrento a otras formas de actuar que a veces chocan con mis costumbres: tratos un tanto violentos y agresivos, un vocabulario más tosco y rústico, comportamientos negativos se multiplican entre los estudiantes; es algo cultural, algo que los caracteriza como localidad y clase social; dicho esto, encuentro en ellos formas de ser y vivir alternativas; en mi interacción con los estudiantes percibo la sencillez hecha personas; almas nobles, puras y sensibles que, a pesar de la rudeza que emanan, transmiten ternura y son simpáticos y sociables, cuando lo desean; ahora puedo comprender a mi padre cuando, con su sapiencia de la aldea global, decía que no es correcto juzgar a las personas por sus apariencias; para ilustrar esta idea, remitámonos a la palabra “ñero” y su designación.

“Ñero” es usado principalmente para designar a las personas que se mueven en y tienen su red de contactos en la calle: vulgares, holgazanas, pobres hasta la miseria, hambrientas, ahogadas en el vicio y que casi se podría asegurar que carecieron y carecen de educación; este calificativo me molesta, pues no sabemos la historia que hay detrás de cada una de esas personas; la sociedad crea estigmas y clasificaciones superficiales; me entristece saber que tenía compañeros de la universidad que aplicaban esos calificativos y jerarquías; me resuenan las palabras de uno de ellos: “Nunca debiste practicar en un colegio que está lleno de ñeros”.

¿Qué maestro elige a los estudiantes que quiere formar? Los estudiantes llegan por designios del universo; el maestro no puede escoger al estudiante por el color de piel, condición económica o creencia religiosa; somos maestros de todas y todos y para todas y todos; creo que somos más maestros cuando colaboramos donde más nos requieren, y este colegio nos necesitaba: requería formar a aquellos sujetos estigmatizados y discriminados por su expresión oral y clase social: ¿cómo demeritar a ese colegio y a sus integrantes, si es uno de los pocos que

y maestro de Aristóteles, quienes son los otros filósofos que están anotados en el tablero; para que se vayan enterando de quienes son, como actividad para la casa van a consultar sus biografías; con ellas empezaremos la próxima clase. ¿Tienen más preguntas?

—No, profe, pero se ve bonita sonriendo. —Sonreí otra vez; la pregunta tonta era evidente; la hizo para recochar, llamar la atención y divertir a sus compañeros; sin embargo, me impresionó su imaginación; los estudiantes pueden llegar a ser bastante creativos, así sea solo para armar la revuelta. El Platón y el cucharón dieron vueltas en el sancocho ordenado de mi cabeza y alegraron toda mi mañana. Como la clase era de una hora, pasó veloz; reflexioné sobre cuánto poder tienen los pequeños sobre nosotros; mi semblante cambió radicalmente; el arte se suele asociar con la escultura, la arquitectura, la música, la danza, el cine, la pintura; no obstante, desde mi cosmovisión, el arte representa el contacto, es una manifestación elevada de las actitudes humanas; es técnica, es decir, es hacer sentir.

Es arte que los niños provoquen estremecimientos, hagan vibrar, logren conmover y emocionar con tan poco: una palabra, un gesto o una mirada. El arte no está en la pregunta tonta; el arte está en lo que hace sentir con su ingenuidad, su inocencia, su pureza; me convencí aún más que lo personal debe quedarse en casa; nadie tiene culpa de lo que nos pasa y menos nuestros estudiantes; pasé de un mal día a uno feliz; por cierto, el inconveniente familiar se solucionó pronto; el universo conspira según las vibraciones que emanamos; si nos rodeamos de buena energía, las cosas, los proyectos, los sueños, resultan mejores.

SIN ATAJOS

El ser humano, por su carácter, se adapta a los cambios de la naturaleza. Experimento actividades nuevas a diario; estoy aprovechando mucho las mañanas de práctica docente.

En seguida, voy a evocar varios momentos de reflexión, los aprendizajes que han sido significativos como método de formación y desarrollo profesional del docente; es fundamental la selección de acontecimientos, para construir relatos y que estos, a su vez, se conviertan en un discurso educativo que permita la formación y el perfeccionamiento pedagógico; por este motivo, los eventos narrados en esta recopilación quizá sean los más embarazosos; este ejercicio se practica con el ánimo de conocer e interpretar el mundo escolar para, luego, transformarlo y prosperar; no se pretende desanimar a la gente que sueña con ser docente.

La actualidad presenta distintos retos, tendencias y paradigmas educativos que nos exigen y ayudan a enfrentar flagelos como la violencia educativa, que se disfraza de un sinnúmero de eventos que afectan la salud física y mental de los estudiantes. A partir de los años 70, un fenómeno educativo llamado *bullying* empezó a preocupar a la comunidad estudiantil, docente y administrativa; este fenómeno se ha constituido con el tiempo y ahora es reconocido; sin embargo, y a despecho de la información acerca del tema y las normas para castigar a quien practique el abuso, se tienen noticias de casos en que, con el paso del tiempo, los abusos se fortalecen, las modalidades de acoso se incrementan, se vuelven intencionales y repetitivas; se trata de una violencia voluntaria con fines muy precisos: causar dolor y sufrimiento en la víctima; en resumen, son estudiantes vulnerables que sufren el hostigamiento y el acoso por parte de sus mismos compañeros.

En tiempos remotos, la violencia escolar tenía su válvula de escape con actos leves, como ruptura de cristales, pintar paredes, juegos bruscos, bromas pesadas, los sobrenombres y un sinnúmero de hechos que no afectaban en demasía ni generaban traumas en la integridad del estudiante; ahora bien, los estudios actuales confirman que la violencia escolar tiende a recrudecer implementando patrones de conducta nocivos y graves, como la violencia verbal, psicológica y física.

Por una suma aleatoria de porqués, siempre llegaremos a congeniar con unos cursos y/o estudiantes más que con otros, aunque el trato y la responsabilidad debe ser neutra, equitativa e imparcial. El docente titular, a quien le colaboré, tenía la dirección del grado décimo, grado en el

que también doy clases; me han hecho partícipe de varios eventos, verbigracia, el Día de la Mujer, la celebración del aniversario del colegio, el Día del Idioma, salidas de campo, entre otros; la interacción constante con los estudiantes había creado un vínculo afectivo de simpatía y apego mutuo; memorizaba con rapidez rostros y nombres, de modo que, después de dos meses en el colegio, distinguía con facilidad a los estudiantes; me intranquilizaba pensar en las posibilidades de los alumnos que eran sustituidos o dejaban de asistir sin explicar una razón, el motivo de la deserción.

El nombre de la protagonista de este relato es Pamela, una niña rozagante y bien parecida, cuya expresión y estado de ánimo revelaban que tenía dificultades. Le comenté el caso al profesor titular y me contestó muy sorprendido; preguntó más detalles sobre la estudiante mencionada; en seguida, le comenté sobre algunos sucesos relacionados con ella; finalmente, me informa que la medida que se podía aplicar de inmediato era dar a conocer a los padres de familia lo que estaba ocurriendo. La situación permaneció rodando en mis pensamientos; por simple casualidad, me encontré con ella en la Sala de profesores; tuve la ocurrencia de preguntar si podíamos hablar y dijo que sí:

—¿Me gustaría saber cómo estás?, ¿cómo está todo en tu casa?

—Bien, —replicó y no dijo nada más.

—Tus notas han bajado notablemente; se ve que te está pasando algo; ya atrajiste la atención del director de grado y cree conveniente hablar con tus padres para saber el porqué de tu comportamiento.

—No me importa, profe; mis padres ya saben que voy mal; ellos son los que me obligan a venir; además, lo que haga el profesor William me tiene sin cuidado. Su respuesta, al principio, me sorprendió y, luego, me confundió; no supe cómo leer los gestos y las maneras tan relajadas y olvidadas que acompañaron sus palabras.

—Lo único que quiero es que recapacites y vuelvas a ser la misma de antes. —Me entristeció la idea de que una buena estudiante perdiera la materia y tentativamente otras más.

—Tranqui, profe, que no pasa nada, pero bacana su intención. —Sin preocupaciones ni tormentos, como si el estudio no significara nada, salió de la sala de profesores y desapareció; me seguía inquietando el cambio súbito, extraño y radical de la muchacha; en ese momento tenía otras ocupaciones, así que seguí calificando unos exámenes, cumpliendo con mi labor.

Las horas se volvieron varios días y ella permanecía con la actitud grosera y desinteresada; trataba de llevar aquella situación con paciencia, sin ánimos de generar conflictos,

no deseaba que un estudiante, por arrebato, se dirigiera a mí una vez más de manera soez.

Era viernes y habíamos desarrollado la mitad de la clase; como el aula tiene poca ventilación y el sol estaba candente, nos sentimos un poco asfixiados; los estudiantes me preguntaron si podíamos seguir con el dictado afuera del salón, así que decidimos salir; nos disponíamos a tomar nuestro útiles; fue entonces cuando escuché un gran estruendo, levanté la mirada y vi a Pamela en el piso: parecía estar desmayada y sus ojos se veían desorbitados; muchas personas se aglomeraron a su alrededor; muy angustiada pedí que, por favor, despejaran el área para garantizar la fluidez del aire y buscaran al profesor William o a alguien para que nos ayudara a llevarla a enfermería; el director se encargó del asunto y me pidió que continuara con mi clase para evitar que los estudiantes formaran desorden. Terminé la jornada preocupada y busqué por donde pude información sobre el estado de salud de la estudiante.

Los minutos se hicieron horas y mi impaciencia desfiguraba mi pensamiento; la sensación desagradable aminoró gracias a un mensaje del profesor William, en el que decía que lo que había tenido la estudiante era pérdida del conocimiento o desmayo, como supuse, y añadía que estaba fuera de peligro; pese a aquello, no tuve paz hasta que la vi: estaba pálida, con los labios resecos; me le acerqué y, mientras le acariciaba el cabello, le pregunté:

—¿Cómo sigues, preciosa? —lo más cariñosa posible.

—Me siento muy débil, tengo sueño, pero ya estoy bien, profe —dijo, con una voz de pajarito.

—Nos diste un susto a todos; me alegra que te sientas mejor; este fin de semana a descansar y verás como te recuperas rápido; no soy médico, pero veo conveniente que te realices unos exámenes médicos para saber el porqué del desmayo. ¿Estamos? —No responde, clava la mirada aún más y me ve de refilón, como si no quisiera mis ojos en los suyos y el silencio domina nuestro momento; el silencio se hizo demasiado incómodo y, finalmente, con temblor en la voz prosiguió:

—Yo sí sé por qué me desmayé. Lo que pasa es que no he comido bien los últimos días y estoy preocupada; la verdad, profe, es que he estado haciendo dietas hace mucho tiempo, pero como no he bajado de peso, lo que como lo vomito a propósito.

Me quedé estupefacta por unos segundos; procesé la información y, como si no hubiera dicho nada de lo anterior, pregunté:

—¿Cómo así?

—Profe, llevo varios meses haciendo dietas, pero no puedo bajar de peso, y en internet

investigué sobre un método que permite engañar el estómago y consiste en vomitar lo que comes.

—Pamela, tú me estás hablando en serio — pregunté, sin creer en lo que oía—, lo que me dices es supremamente grave. —Mientras hablaba con la estudiante, la madre llegó a la institución muy angustiada, se acercó a donde estábamos; fue el momento en que la pequeña comenzó a llorar.

La madre, como cualquier otra, se asustó superlativamente; la niña, llorando, le decía que no llorara, porque estaba bien. La señora se percató de mi presencia, me saludó; me presenté, le pedí el número de teléfono para saber cómo seguía Pamela. No podía quedarme acompañándolas, porque tenía clases en la universidad y tenía el tiempo justo para llegar. No dije nada en ese momento, porque no era conveniente ni el lugar, ni el momento, ni tampoco era la persona indicada para calificar y aportar una solución a lo que estaba pasando. Continué intranquila, sin centro ni reposo; una niña de su edad no tiene plena conciencia de la gravedad de aquella práctica; la tarde entera rememoré la información que había leído, escuchado o visto sobre la anorexia y la bulimia, los dos desórdenes alimenticios más mencionados y presentes en la juventud. Cuando llegué a casa, después de la universidad, llamé y pregunté por Pamela y su salud; la madre amablemente me comentó que había evolucionado positivamente y agradeció el gesto tan noble que había tenido con su hija; platicamos un momento, le recomendé estar muy pendiente de ella y le pedí que me pasara a Pamela al teléfono.

—Hola, Pamela. ¿Cómo sigues?

—Buenas noches, profe; Mucho mejor; ¿usted cómo está?

—La verdad, permanecí todo este tiempo muy preocupada y, según mis intuiciones y observación, tu madre no sabe nada, ¿cierto?

—No sabe nada, profe; no sé cómo contarle.

—Busca la manera y hazlo. Yo no le dije nada porque no me corresponde, pero te llamé para que comprendas, evalúes tu comportamiento, las consecuencias que ha tenido; no tiene nada de malo pedir ayuda. Tus padres sabrán entender por lo que estás pasando; por favor, hazlo por tu bien, habla con tu familia.

Oí leves sollozos por el celular, palabras cortadas con el filo de la tristeza y desgranadas en llanto.

—Tengo miedo, pero lo haré. Se lo prometo, profe. —Hablamos un rato más y me despedí; le dije que guardara mi contacto e hiciera lo correcto.

Todavía no olvido el susto de aquel día y tampoco olvido el cansancio; estaba tan agotada

que no quise salir a cenar; comí de las cosas que tenía en la habitación y me quedé profundamente dormida. El fin de semana pasó ágil, entre la limpieza, los trabajos de la universidad, la revisión de exámenes, en fin... Ya era lunes y estaba de vuelta en el plantel educativo; en horas de descanso, busqué a Pamela para saber qué tal le había ido el fin de semana; sin embargo, sus compañeras me dijeron que no se había presentado a clase.

Pasaron el día martes y el miércoles y, luego, una semana, y ella no volvió. Le marqué a la madre para tener noticias y me contó que le habían practicado varios exámenes, dado que en los últimos días se había provocado vómitos y se sentía débil en extremo por las dietas. Me alegró un poquito saber que la familia estaba al tanto de la problemática; no me quedó más que recomendar mucha atención con la estudiante y que se acercaran al colegio para justificar las faltas; colgué, terminé la comunicación y descubrí que mis cambios y alteraciones habían menguado; Pamela ya no estaba sola.

Después de varias temáticas explicadas y actividades realizadas, mientras nos tomábamos un café y platicábamos con el profesor William, comentó que el día viernes habría una reunión para tratar un tema de violencia escolar; me participó de la novedad de que Pamela estaba siendo víctima de manipulación, intimidación y agresión verbal; los padres de familia pusieron en conocimiento el embrollo que se debía tratar de manera urgente, puesto que la estudiante no quería volver al colegio por miedo y turbación. Mi reacción, además de la empatía, fue permitirle saber al titular de mi curiosidad e interés por el caso y le solicité que me tuviera al tanto; la reunión se llevó acabo el día viernes tal y como estaba programada; ese día terminé mi jornada antes de que la reunión finalizara; en consecuencia, no pude saber con claridad lo que estaba sucediendo sino hasta el miércoles.

Indignada, oí la causa del malestar de Pamela: estudiantes masculinos del grado once intimidaban y mortificaban a la estudiante por su sobrepeso; al parecer Pamela había estado interesada sentimentalmente por uno de los jóvenes, él la rechazó y manifestó que jamás se fijaría en una gorda como ella; las conclusiones saltaban a la vista: el *bullying* del que había sido víctima la muchacha, silenciosamente la estaba consumiendo; el acoso verbal había comprometido su salud física y mental, de tal manera que empezó a hacer cualquier cosa para verse mejor: primero, fue la dieta, pero, al no obtener resultados inmediatos, recurrió al vómito; las primeras veces, la masa de comida a medio digerir salía con esfuerzo, pero en la actualidad la expulsaba casi automáticamente después de la ingesta de alimentos; su control ya no dependía de ella.

En relación con lo dicho, considero que la salud física y mental de la paciente nos concierne a todos, pues todas las esferas sociales, en sus dinámicas externas e internas, afectan al ser humano, pero a unos más que a otros; las personas sensibles son las que soportan más. Como practicante y ciudadana, sería ilógico pensar que el problema del otro no me afecta o no me corresponde; somos una comunidad, sujetos que se sostienen unos a otros, todos sujetos a alguien más; como grupo organizado, vemos la necesidad de tratar, capacitarnos y aprender sobre las problemáticas de interés público, para que el lastre de la violencia escolar no nos disminuya; es fundamental poner al servicio de la comunidad nuestras mentes, ojos y corazón para practicar comportamientos y actitudes que, sin nuestra intervención, pueden convertirse en conductas que se nos pueden salir de las manos, como el tema que estamos comentando.

Pamela, una niña de 16 años de edad, atraviesa por una crisis que la puede llevar a la anorexia y todo porque en el colegio nunca se supo sobre la violencia escolar que estaba recayendo sobre ella. Parece un titular de noticias o su desarrollo. Siento impotencia y culpa: si hubiese preguntado a tiempo, si hubiera cuestionado el porqué de su cambio repentino; quiero pensar que tal vez hubiera intuido o averiguado algo que me permitiera alterar lo que hoy es la realidad. Nos dedicamos tanto a la parte académica y cuantitativa: estándares, pruebas Saber e ICFES, nota más alta y nota más baja, que olvidamos la parte humana y sensible; en aquel momento, Pamela se sentía mal, débil y discriminada, molesta e iracunda de tener que volver al colegio que la había visto crecer y también marchitarse.

Los padres decidieron retirar a la estudiante por la violencia escolar y por las lamentables condiciones de salud a las que se enfrentaba. Historias como esta, con seguridad, existen muchas: los problemas de violencia son constantes y se repiten día tras día; según los estudiosos, aumentará la existencia de grupos con diferencias de poder y *status*; en la mayoría de casos, los estudiantes de grados superiores se aprovecharán de la vulnerabilidad de los más pequeños e inofensivos; los actos de intimidación y agresión de cualquier tipo nos competen a todos, ya que la dimensión cognitiva y afectiva individual y colectiva, al igual que la memoria, establecen una unidad y no pueden ser desligadas tal como los afectos, que no existen independientes y sin influencia del conocimiento; para cerrar, es fundamental recordar la invitación de poner mayor énfasis en la educación emocional o espiritual, la dimensión humana.

La sociedad se encuentra en una era de globalización que le exige al individuo enfrentarse y adaptarse a los cambios, que son, como todo en estos tiempos: inmediatos, inesperados y desconcertantes; en nuestro caso, el cambio se obliga y no se elige; es generado por el acoso

intencional y repetitivo por parte de los estudiantes; el aprendizaje es un proceso que involucra en su totalidad al ser humano; no basta tener buenas habilidades cognitivas, pues estas se complementan y necesitan de la parte emocional y humana; la afectividad interviene en las operaciones de la inteligencia y el estado emocional de los estudiantes, que puede estimular o perturbar el proceso educativo.

Un estudiante que se encuentra motivado o alentado tendrá más entusiasmo para el estudio y, en consecuencia, le será menos complicado aprender; de manera contraria, el alumno que se encuentra desmotivado, ve el aprendizaje como una obligación, que se convierte en obstáculo para el aprendizaje. Esto fue precisamente lo que percibí con la estudiante violentada: el cambio repentino fue evidente ante mis ojos y los de sus compañeros de aula, pero ninguno tuvo el suficiente interés para llegar a la situación antes del estallido; por estos argumentos, la educación emocional de nuestros estudiantes se convierte en un reto educativo y de políticas públicas; nos hace falta mayor preparación en la parte humana; esto no quiero decir que vamos a convertirnos en psicólogos, terapeutas, consejeros profesionales o algo que se le parezca; no obstante, la información y su aplicación no pueden faltar para atenuar la violencia educativa: todo acto de matoneo, acoso, hostigamiento, intimidación, agresión, amenaza o manipulación; es momento de emprender una auténtica transformación de la educación; no esperemos que alguien más lo haga por nosotros; somos parte del cambio, aportemos nuestra colaboración para que la intimidación educativa no se establezca como la represión de los sueños esperanzadores de todas las niñas y niños.

Pamela decidió retirarse de la institución; en su momento me sentí muy triste por la decisión de abandonarnos; sentí que fue una medida apresurada e innecesaria; su aspecto físico no tenía por qué avergonzarla; para superar aquellas inseguridades y complejos es necesario enfrentarlos, aprender a quererse tal y como se es; sin embargo, si su decisión le da paz y salud mental, está en todo su derecho. Anhele su pronta mejoría para que vuelva a esta o cualquier otra institución, fortalezca sus conocimientos y aprenda nuevos y pueda seguir alegrando a sus allegados con la bella sonrisa que tenía.

LA TULPA

A mitad del desarrollo general de la práctica conocía o, más bien, reconocía con facilidad a los estudiantes y su desempeño: unos más aplicados, otros indisciplinados y perezosos; cada alumno con disímiles formas de pensar, actuar, ser y hacer; desafortunadamente, el Sistema educativo de nuestro país no nos permite implementar la educación personalizada, como se debería; la cantidad de estudiantes supera el límite estipulado; verbigracia, el grado noveno, el protagonista de mi relato, que contaba en lista con treinta y ocho estudiantes, pese al elevado número de participantes es, a grandes rasgos, un curso tranquilo; el desorden es inusual, no acostumbraban a deambular por el salón, pararse de sus asientos sin necesidad durante la clase, trabajaban en grupo, seguían las instrucciones y cumplían con sus deberes; el rendimiento académico era sobresaliente y superior; en los días postreros, la mayoría de la clase se interesó por la escritura de mitos, cuentos y poesía; estoy contenta por los logros y avances obtenidos; desde mi visión, era el grupo más disciplinado.

La institución educativa se preparaba para la celebración del Día del Idioma; su conmemoración es una tradición en el lugar. Era un gran día y mi titular, el profesor William Zambrano, me había comentado con dos meses de anticipación la realización del evento. Desde hacía más de cinco años, la actividad se ha denominado “La tulpa”; su equivalencia dentro de nuestra cultura, al aceptar la herencia de nuestros pueblos ancestrales, es el fogón, un espacio de encuentro y sabiduría dentro del cual el indígena y su familia se sientan a compartir la vida: las experiencias pretéritas, alimentos, valores, como el respeto a la naturaleza y a los integrantes del grupo, consejos de los mayores, lecturas propias, anécdotas, cuentos, leyendas y mitos; el fogón es el foco donde dialogan e interactúan los saberes; valorar la cultura y respetar a los mayores es una manera de rescatar los conocimientos tradicionales y su aplicación. La tulpa es un espacio familiar y de encuentro, que permite el conocimiento y la libertad de la imaginación, una celebración llena de profundos significados, como el de la luz que nos deja conocernos.

Desde el momento de la invitación, vi la festividad como una estrategia genial para fortalecer la identidad como hijos de una lengua madre y los conocimientos particulares de la

materia que, al final, son culturales y transversales hacia todas las asignaturas, como la expresión oral, la escritura o producción de textos; el evento también incluía danzas, pues es una forma de representar la oralidad y el sincretismo de los pueblos; lo mismo pasó con el teatro, se volvió amplificador de mitos y leyendas; también, contaban con apoyo a los estudiantes que estaban interesados en la creación literaria; los profesores del área nos asignamos las tareas y los cursos en los cuales las íbamos a desarrollar. Esa fue, en pocas palabras, la programación de ese día.

Las dos últimas clases finalizamos con la explicación de normas ortográficas y gramaticales, para así poder darle feliz término a la temática y de esta manera empezar a trabajar en el evento de “La Tulpa”. Desde varias clases atrás, había notado que uno de mis estudiantes, un joven, se pasaba todo el tiempo agachado; tuve la impresión de que apuntaba todo lo que yo estaba diciendo, pero no era así; en cierta ocasión recibí los cuadernos para calificar una actividad y supe que casi no tenía apuntes; desde entonces estuve pendiente, pero en las clases sucesivas siguió igual.

Aquel día conservó la postura agachada durante toda la explicación; era factible que no estuviera tomando apuntes, de modo que decidí llevar a la práctica una de mis estrategias para llamar la atención de los estudiantes, que en ocasiones anteriores me había funcionado. Consiste en quedarse en completo silencio; cuando el profesor se calla, los pupilos levantan la mirada a ver qué pasa; estuve más de diez segundos en completo silencio y el estudiante seguía agachado, ni siquiera se dio cuenta que me había callado; los demás me miraban con extrañeza; sus facciones preguntaban el porqué de tanto silencio, pero él permanecía ajeno a la situación; estaba tan concentrado en lo que hacía que ni siquiera se percató; la resolución que tomé fue pedirle, llamándolo con su nombre propio, que levantara la mirada y, además, le solicité una explicación de por qué no me estaba prestando atención, y su respuesta fue:

—El tema que usted está explicando no me interesa en absoluto. —Por vez primera, consideré la posibilidad de que en el curso que calificaba como el mejor sucediera algo así de imprevisto; para darle curso al asunto, le solicité de manera respetuosa:

—Por favor, levante la mirada y me atiende, así el tema no sea de su agrado. —Como había mencionado, los estudiantes de ese curso eran bastante calmados y acató mi solicitud sin protestar. Faltando instantes para finalizar la clase, se dirigió a mí con educación y urbanidad, pero un poco avergonzado, y dijo:

—Me disculpa por la respuesta, pero la cosa es que no estoy interesado en participar en “La tulpa”; no quiero escribir mitos, ni cuentos, ni poesía y mucho menos actuar. El público me

da pánico; será que puedo ganarme la nota de manera distinta; quiero aprender, pero no participar en ese evento. Entonces, repliqué:

—Todos tenemos que participar de una u otra manera. Puedes integrarte en unos de los dos grupos: el primero estará conformado por los estudiantes que estarán actuando, vestidos y plasmando sus pensamientos en el papel, y el otro grupo será el de logística: nos ayudará con el aseo, con los refrigerios, el sonido, la atención a las personas invitadas; en fin, hay diferentes trabajos y para todos. Le vamos encontrar una solución a tu situación; no tienes por qué preocuparte. —Antes de que se fuera, le pregunté:

—¿Qué es lo que realizas durante mis explicaciones, que te distraes tanto?

—Nada malo, —me respondió.

—¿No me quieres contar? —le dije, picada por la curiosidad.

—Estaba dibujando, —respondió casi con vergüenza y temiendo un regaño.

—Así que te gusta dibujar.

—Sí, de vez en cuando, — respondió con más confianza y su tono de voz también se oyó calmado.

—¿Y si me muestras?

—No, profe, no es nada especial. —Como el estudiante era bastante tímido, no insistí.

—Vale, si te animas y me dejas ver, estoy segura que encontraré una maravilla. Una cosa más, no quiero volver a llamarte otra vez la atención, así que trata de poner cuidado a las explicaciones. —Nos despedimos y cada quién dejó huellas en caminos diferentes.

Próximos al día del evento, decidimos que como grupo íbamos a presentar una obra de teatro titulada *La llorona* y el relato de un mito titulado *El duende*; unos se quedaron repasando las obras, otros organizaron el teatro, otros se encargaron del aseo, hasta que todos nos vimos ocupados y colaborando para el éxito común, para que lo planeado se cumpliera. No obstante, mi sexto sentido o la intuición femenina me mantenían curiosa sobre los misteriosos dibujos de aquel estudiante; resolví proponerle lo siguiente:

—Eres capaz de plasmar por medio de un dibujo el mito que tu compañera va a relatar en “La tulpá”; esa es una manera de merecer una buena nota. —Se quedó pensando, lo que era una buena señal para mí; entonces, expresé:

—Voy a hacer un borrador y, si resulta, lo hacemos.

—Listo —le respondí—. Para pasado mañana, ¿está bien?

—En eso quedamos, profe. —El día jueves, y sin pedírselo de antemano, me entregó un borrador del dibujo: se veía la silueta y algunos detalles de la fisionomía de un duende; mi intuición femenina no falló; tal y como lo había predicho, su talento no se ligaba a la escritura, ni al teatro, ni a la oratoria; sonriendo, encontré su mirada y lo halagué:

—¡Qué gran talento, eres todo un artista! Agradece, porque ya sabes lo que te gusta.

—Gracias, profe, —respondió, mientras una leve sonrisa cambiaba la fisionomía de todo su rostro.

—Entonces, te animas a representar el dibujo del mito que tu compañerita eligió. La mayoría de estudiantes son visuales, así que la obra va a atraer miradas y, por ende, pondrán más atención.

—¿Será buena idea? —preguntó, desconfiando de sus capacidades; las primeras veces son complicadas, pregúntemelo a mí.

—Sí, por supuesto; no debes desconfiar de tus alas, porque te caerás del cielo.

—Vale, profe, —respondió y otra vez cerramos un buen trato.

En seguida y sin perder tiempo, consulté al profesor titular si era viable mostrar el dibujo como evidencia de arte y comunicación en el evento; le mencioné que uno de los estudiantes de noveno no había querido hacer el ejercicio de escritura, pero, a cambio, deseaba aplicar sus habilidades y crear un dibujo; le participé rápidamente que ya había hecho un borrador, con el que corroboramos que poseía gran destreza; mientras concluía mi solicitud, le mostré el diseño y, admirado, inquirió:

—¿Quién es el dueño del dibujo?

—Alejandro Ágreda, de grado noveno.

—Tiene talento, mucho talento.

—Estamos completamente de acuerdo; días antes, él me había rogado que le calificara de otra manera, pues el hecho de escribir no le hacía gracia. Opino que es novedoso y alentador dar a conocer los talentos ocultos.

—Sí, es buena idea; de hecho, se me viene a la cabeza alguien que nos puede ayudar con el diseño de un logotipo para la publicidad.

—Yo me comprometo a trabajar en ello, ¿le parece?

—Listo; avísame si surge otra idea o sugerencia por mínima que sea, —dijo, cerrando nuestra charla.

—Sí, profe, estamos en contacto.

De vuelta en el colegio, busqué al estudiante y le pedí que pasara su dibujo a un cartel grande, para que pudiera ser visible y le comenté la solicitud del profesor William sobre el logotipo de “La tulpá” para la publicidad; al comienzo no quería arriesgarse, así que lo animé a intentarlo; incluso me comprometí a ayudarlo, y así fue: buscamos ideas, las entrelazamos y dibujó tres opciones; en conjunto, escogimos la más significativa y representativa.

Trabajamos durante casi dos meses organizando el evento; el día llegó y desde muy temprano organizamos los últimos detalles; recibimos a los estudiantes de los colegios invitados, a los representantes de algunas comunidades indígenas, líderes sociales, adultos mayores, que venían a contarnos mitos y leyendas tradicionales; el evento transcurrió de manera óptima; con seguridad, puedo decir que fue el día más feliz de mi práctica; todos tuvieron la oportunidad de mostrar sus capacidades y destrezas; la mayoría de estudiantes me sorprendieron, pues su creatividad no tiene límites; las obras de teatro hicieron reír a carcajadas a propios y visitantes; recordamos la historia, revivimos “La tulpá”, comprendimos la importancia de conservar las prácticas y culturas ancestrales; aparte de la tradición oral, se contó con la degustación de comidas y bebidas tradicionales, como el mote y la chicha.

Un indígena invitado, que venía desde el Departamento del Putumayo, efectuó una lectura magistral de las realidades del mundo, que son complemento y génesis para la lectura y comprensión de otros textos, de textos alternativos: el canto de los pájaros, el color de las nubes, el olor de las plantas, el sonar del trueno, los colores y sonidos infinitos de la naturaleza significan y, por ello, muchas veces pueden adelantarse a los sucesos; además, compartió conocimientos propios, que calaron en docentes y estudiantes, quienes sintieron deseo de aprender a interpretar y comprender el mundo cotidiano que, mirándolo con otros ojos, es mágico.

Por otra parte, un anciano me cautivó con su universo, creencias, gustos, recelos y valores, sus espléndidas narraciones de lo real y lo ficticio; tiene la firme intención de dejar un legado que vaya de generación en generación; revivimos la memoria y la historia de personas y pueblos. Me llené de los conocimientos y energía que me regalaron los estudiantes, su alegría, sus dones y su serenidad a la hora de enfrentarse al público; interactué con los estudiantes más que nunca, me permitieron conocerlos fuera de clase y yo también me mostré en mi

cotidianidad.

La idea del dibujo, la solicitud de Alejandro, fue replicada por varios estudiantes de otros grados: los resultados artísticos engalanaron y dieron luz al evento, sus dibujos dieron vida a los mitos y leyendas que fueron narradas y dramatizadas. Reconozco que el aula de clases cohibe el conocimiento profundo o menos superficial entre estudiante y profesor y en ocasiones hasta entre los estudiantes; el diseño de los modelos educativos no propende por el desarrollo de las todas las competencias, talentos y dones, pues, al ser el sistema tan estandarizado y controlado, reprime las expresiones y sentir pensar de los que no contamos con una personalidad explosiva y fuerte que se dé a reconocer en medio de la multitud.

En gran parte, es ilógico que, siendo los seres humanos tan diferentes y únicos, se nos eduque de la misma manera; a la mayoría, se nos mutila o paraliza. Actualmente, el Sistema educativo es el crimen más grande que existe, y todos: maestros, administrativos, padres de familia, el gobierno y la misma sociedad somos cómplices de este múltiple crimen; la educación que recibimos está basada en el modelo productivo de la revolución industrial, lo que evidencia su atraso y poca contextualización. La educación quiere llevarnos, convencernos y fijarnos en la rueda casi viciosa de la civilización, que se resume en estudiar, educarse, encontrar o no trabajo y terminar esclavizado modernamente a un trabajo cuya paga solo alcanza para el sustento básico; las situaciones precarias, la inseguridad, el miedo de la supervivencia han retrasado la consecución de una conciencia crítica, transformadora y revolucionaria, lo que nos relega a ser fichas de un juego que no conocemos.

El evento se extendió aproximadamente hasta las cinco de la tarde; no era obligatorio que los estudiantes se quedaran después del horario de clases estipulado, pero se quedó la mayoría. Terminada “La tulpá”, la rectora autorizó a los estudiantes de once para que pusieran música y quienes estábamos reunidos en el auditorio socializamos; aquella tarde-noche no pudo terminar mejor: bailamos, cantamos y nos tomamos la poca chica que quedó del evento; luego de casi media hora de ambiente rumbero, nos fuimos a descansar; lo teníamos bien merecido por el gran trabajo; el evento se desarrolló sin apuros, ahogos o trances; los planes fueron concretados. Dormí con una enorme sonrisa.

Después de unos días volví a encontrarme con los estudiantes; el profesor William, antes de supervisar mi clase, solicitó unos minutos, en los que agradeció y felicitó a los estudiantes por el empeño y la dedicación que aplicaron a las tareas asignadas; resaltó de manera positiva que el evento nunca antes había tenido tanto éxito como en este año; se comprometió a trabajar para que

el año siguiente superara a este; la idea es mantener la celebración del Día del Idioma hasta que se instaure como una tradición del colegio. También, expresé el gozo y gratitud que tuve con el evento y con los conocimientos nuevos y actuales; exalté la actitud y el compromiso de los estudiantes; felicité por su capacidad de liderazgo al profesor titular, reconocí su eficaz organización de “La tulpa” y deseé que preservara su peculiar iniciativa de fomentar en los estudiantes el ejercicio de escritura, el contacto con el teatro, la narración, etc. Ojalá se siga practicando esa festividad, pues los estudiantes establecen comunicación entre ellos, proveen y obtienen información, hacen preguntas y dan respuestas, y se preparan para comprender e interpretar el lenguaje hablado.

La educación en nuestro país no es personalizada, pero nuestra labor es intentar personalizarla, descubrir en nuestros estudiantes las capacidades y habilidades debido a que hay varios alumnos que no encajan en el Sistema educativo actual; su espíritu libre y los talentos los encaminan a ser diferentes y especiales; el mundo necesita más arte; si hubiera más escuelas que militares por las calles, habría más artistas que asesinos: “El mundo clama arte, para consolar a aquellos que están rotos por la vida”.

EL MUNDO ESCOLAR QUE VALE LA PENA CONTAR

En una hora libre, mientras la totalidad de estudiantes y profesores se encontraban en

clase, me encontré sentada en la Sala de profesores esperando el cambio de hora para finalizar con una clase de español y retirarme a casa y descansar. Los recuerdos vienen y van; soy tan consciente del paso del tiempo, de la escritura de él en mi epidermis. Ya no soy la estudiante, ahora cumplo el rol de profesora; percibí que la vida se iba o apenas empezaba, iniciaba con nuevos retos, nuevas responsabilidades y nuevas etapas desconocidas; la vida ha mutado y me ha obligado a cambiar, a conocer constantemente gente nueva y sus historias, sus pequeñas vidas que van a deleitarnos con flores coloridas y enseñan y superan las expectativas. Sentada en un escritorio que ni siquiera es mío, porque mi paso por este colegio es temporal, escribí un sueño que se convirtió en realidad.

En las escuelas, cada estudiante, cada docente, cada administrativo, cada padre de familia, es un mundo y vive aquel mundo a su manera; detrás de cada sujeto que forma parte activa del mundo escolar existe una historia, un propósito, una meta; son incontables historias las que promueven a la escuela como una institución diferente, llena de narraciones, de innumerables anécdotas que, al ser contadas, revividas o archivadas, crean una memoria colectiva para que las generaciones venideras sepan, conserven y defiendan lo bueno que poseemos; además, alcen su voz, se quejen y exijan los cambios que se deben practicar para mejorar la educación holística y dejar de lado la educación que solo se preocupa por los libros.

Nuestros abuelos nos cuentan innumerables historias: así fue mi infancia, así viví mis etapas escolares, así fueron mis maestros; los castigos que me imponían; ahí, en el recuerdo es cuando compruebo el cambio y la diferencia, sobre todo si hablamos del Sistema escolar, la educación conservadora y conductista tiene que irse y no volver; no volverán sus castigos, por ejemplo.

En estos días, el estudiante tiene el poder incluso sobre el docente; si lo gritan es agresión, si lo corrigen es agresión, si le dan una calificación baja es agresión; la sociedad no valora, ni admira la labor del docente, porque ve y vive su desempeño desde afuera, por poco ajenos a las

actividades; entonces, suponen que el docente tiene mucho tiempo libre, recibe un gran sueldo y tiene gran estabilidad, pero la verdad dista con enormidad de las suposiciones.

El futuro docente no sabe la magna responsabilidad que tiene sino hasta cuando se enfrenta a treinta o cuarenta estudiantes. Si se piensa como yo pensaba, que el docente se forma entre cuatro paredes dentro de una universidad, está equivocado, como yo lo estaba; en la Educación Superior se adquieren conocimientos básicos para educar para la razón, lo ligado a estipulaciones legales; no obstante, el docente se forma y adquiere experiencia de las vicisitudes diarias: errores, fracasos, triunfos y metas; lo bueno, lo malo, lo feo y los aciertos, todo enriquece y da sabiduría; con la vida adquirimos prudencia y perspicacia.

Vale la pena contar el mundo conocido por los docentes, el mismo desconocido e irreal para la sociedad; vale la pena contar los sueños de pequeños que son el futuro de nuestro país y el mundo entero, vale la pena contar este mundo olvidado e ignorado por todos, vale la pena tener memoria. Vale la pena, porque al conocer conservamos, respetamos, valoramos y cambiamos la realidad.

Desafortunadamente, la docencia es una labor menospreciada: ser docente, maestro o profesor, como usted lo quiera llamar, es una de las más lindas y, a la vez, difícil labor que cualquier ser humano pueda desempeñar; no se trata de saber, conocer y manejar a la perfección temáticas de una u otra materia o ciencia; va más allá de eso: se trata de ser psicólogo, médico, artista, espiritista, consejero; en varias ocasiones, he experimentado ser mamá y papá; se trata de ser multifacético y humano, muy humano. “Humano, demasiado humano”, como dijera Nietzsche.

Al vivir esta maravillosa experiencia, decidí contar en estas líneas lo que elegí ser y hacer y, por encima de los altibajos, dificultades, malos ratos, trasnochos e inseguridades, confieso que, por un instante, en determinado momento de la práctica pensé haberme equivocado de profesión; hoy por hoy siento que estoy donde quería estar, lucho por ser lo que quería ser, esa maestra que siempre quise tener; que nadie me tenga miedo pero que me respeten, que pueda generar confianza y establezca buenas relaciones con mis estudiantes. El mundo escolar es un mundo que vale la pena contar, pues esto resulta ser un estímulo para el recuerdo; la memoria escoge y saca a flote, a la superficie, recuerdos, fragmentos, grandes rasgos de la vida; contar implica pensar en el futuro, para no repetir el pasado.

Los relatos de mi práctica pedagógica están diseñados para que resulten significativos para quien los lea; su finalidad es ser legibles y comprendidos por el lector; cuento un periplo de mi

vida en la educación: el inicio; emprendo esta actividad también como una catarsis; pretendo soltar y compartir los sentimientos, los pensamientos y la reflexión que diariamente me dejan las aulas de clase. Veo preciso referir el mundo escolar, seleccionar y evocar saberes, información y experiencias; contar qué pasó y qué me pasó; la escritura cuenta tal cual la experiencia, sin necesidad de revestirla con frases hechas.

En complemento a lo dicho, es inexcusable pasar por alto el hecho de que la práctica pedagógica permite enterarse sobre el funcionamiento y las peripecias que sufre un plantel educativo; es una manera de interpretar la academia; es crucial para recuperar la unidad y dialéctica entre teoría y práctica, un espacio para la reflexión y el perfeccionamiento pedagógico. Por estos motivos, veo menester mostrar el universo conocido entre los que laboramos e interactuamos dentro de él, pero aún ajeno para los de afuera, los que rara vez visitan un aula de clases; la comunidad debe advertir las aspiraciones y ambiciones de los estudiantes; como colectivo, defenderemos el derecho a soñar; evitaremos que el sistema apague ilusiones y esperanzas; está en nuestras manos contar las historias que se viven en el colegio al mundo; estoy convencida que, en un futuro cercano, la sociedad elogiará nuestra misión.

ROMPIENDO MOLDES

Los días transcurren y la práctica pedagógica cada vez me genera más retos y experiencias; comprendí que ser docente era más difícil de lo que un día conjeturé; todo se convierte en desafío; por ejemplo, captar la atención de un grupo: a mi modo de ver son planetas orbitando en la galaxia, como el nuestro y sus hermanos, pero de manera individual son universos que ni siquiera conocemos y la hazaña del docente es enseñar significativamente a todos como grupo e individualmente; se debe lograr que las temáticas sean interesantes, que generen curiosidad, que propendan por la producción oral y escrita y, además posibiliten la práctica de lo estudiado.

La labor docente reside en ayudar al niño a mostrar en la realidad lo mejor de él, formar individuos capaces de autonomía intelectual y moral; es urgente educar en valores y competencias; es fundamental salir de la pedagogía del oprimido y entrar en una educación liberadora: enseñar a ser, enseñar a hacer, enseñar a vivir juntos, enseñar a respetar la otredad; eso depende de las personas más capacitadas para enseñar, nosotros los docentes, aunque esta profesión sea desmotivada y poco apreciada y gran parte de la sociedad asuma que los jóvenes que estudian para ser docentes son unos fracasados, estudian una Licenciatura porque no les alcanzó para estudiar medicina, Derecho o alguna ingeniería; lo dicho es un legítimo disparate; si se asume que el maestro es un fracasado, se debería concluir que la sociedad democrática en la que vivimos también es un fracaso.

Es imperioso y urgente evitar que el actual círculo vicioso que valora y proclama inferior la tarea de los docentes, sin observar su ascética remuneración y su escaso prestigio social, sin darse cuenta que el pasado, el presente y el futuro están en manos de los maestros: ¿quién nos enseñó a leer, a escribir, a sumar, a restar, sino un maestro?, ¿quién forma a los ingenieros, los médicos, sino los maestros?; sin intención de demeritar alguna profesión, el maestro, como todas las profesiones, tiene su rol y, para cumplirlo, se invierte un esfuerzo desmedido; el docente es todo en uno: papá, mamá, psicólogo, enfermero y, además, artista: cantante, músico, pintor, lector, payaso, actor. Somos todo y nada: para nuestros estudiantes todo y para la sociedad nada.

En medio de esta práctica pedagógica, que quizá ha sido una de las experiencias más difíciles de mi corta vida, pienso y analizo: ¿de verdad estoy preparada para esto?, ¿estoy

consciente de la responsabilidad que está en mis manos?, ¿tengo el don o apenas debo desarrollarlo?

Estoy consciente de que, para cientos de ciudadanos, somos unos fracasados que no pudieron aspirar a una verdadera carrera; sin embargo, con altibajos y dificultades, la considero como la profesión más hermosa y digna; podemos ser los artífices que pesen y sopesen las migajas que, bien encaminadas, se reúnen para avanzar en progreso, que no se puede concretar sin el cambio de nuestros estudiantes y de nuestro país.

No me molesta lo que piensen y digan de nuestra labor; al fin y al cabo, cada quien es libre de creer lo que quiera; mi deber sobrepasa con creces el qué dirán; el reto no es combatir y cambiar la mentalidad de la gente ignorante, que nos ve como un cero a la izquierda; el desafío es cambiar la mentalidad de los estudiantes y no precisamente llenándolos de ideas, conocimientos, pensamientos y autores que el currículo obliga a estudiar; en contraste, como dijo el gran maestro Montaigne: “el niño no es una botella que hay que llenar, sino un fuego que es preciso encender”; el niño es una llama ardiente a la que no se la puede amarrar o añadir una mecha para que se siga consumiendo, pero sí soplarla, avivar el fuego, cuidarlo, alimentarlo; la frase del ensayista ha permanecido grabada en mi mente y en mi corazón: mi ley, mi lema, mi escudo; no me detendré hasta encender ese fuego y lo seguiré alimentando para que no se apague.

El trabajo magistral docente es lograr que los niños capten las ideas y formen por sí solos sus conceptos y juicios con la guía constante del profesor, quien observa, se capacita e instruye a los niños en el arte de vivir; germina en ellos un nuevo sol, carga chispitas que sirven para encenderlos y verlos alumbrar con su propia luz. Concluiré esta reflexión parafraseando a Eduardo Galeano, quien metafóricamente cuenta que no hay dos fuegos iguales, hay fuegos grandes y fuegos chicos, fuegos de todos los colores, gente de fuego sereno, gente de fuego loco; lo importante es que dicho fuego a lumbre, queme y arda con intensidad, un fuego que habite dentro de nuestros estudiantes, que provoque incendios para que quien se acerque, se encienda.

NO CLAUDICAR

El tiempo pasa, las cosas permanecen o se van; son tiempos difíciles, amargos, lerdos; las cosas y las personas permanecen o se van; ignoro si sea cosa del destino, pero todo pasa porque así lo quiere él. Más que decir llegó una nueva profesora a la vida de los estudiantes, diría que ellos llegaron a mí para darme una lección; desconozco si pesa más lo que les estoy enseñando a ellos o lo que ellos me están enseñando; cada llegada al aula de clases es un descubrimiento.

En la lista de asistencia estaban registrados 38 estudiantes, de los cuales 36 eran constantes y dos ausentes; a despecho de que lo he visto pocas veces, reconozco a uno y del otro no sé nada, nunca lo he visto; las faltas acumuladas me llamaron la atención, así que determiné preguntar; al término de clase, interrogué a quien, según mi criterio, era la estudiante más formal del grupo:

—Tengo un estudiante en lista que nunca viene a clases; nunca lo he visto; tiene muchas faltas y, por ende, tiene la materia perdida. ¿Sabes si se retiró? —La estudiante cambió su semblante; un gesto entristeció su cara y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué pasa? —La mente es rápida y por un instante pensé que tendrían algún tipo de relación sentimental—. ¿Te sientes bien?

—Sí, profe, —respondió, mientras que una lágrima rodaba por sus mejillas.

—Siéntate y discúlpame por mi imprudencia, pero no sé qué pasa; solo quiero saber por qué nunca viene a clases.

—Porque está muerto. — Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, heló mi corazón; sin haberme relacionado con el joven, sentí profunda tristeza.

—Camilo no era el mejor estudiante, pero se esforzaba por serlo; si no entendía, nos pedía ayuda a Marcela y a mí con las tareas; era muy chistoso, siempre hacía reír a los profesores con sus ocurrencias; también era molesto, amable. —Mira fijamente al horizonte, recuerda, suspira y continúa—: su vida era difícil y todos lo sabíamos: nunca tuvo padre, su madre trabaja en el mercado de frutas y está casada con un hombre que la maltrata a ella y a los hijos; son de familia muy pobre; él quería salir adelante; yo lo sé, profe, porque, a pesar de lo inquieto que era, se preocupaba por hacer sus trabajos; siempre decía que, si perdía un año, no volvería más al colegio; por eso le ayudábamos en todo lo que podíamos; la profe Nubia, la de Química, le ayudaba económicamente para sus uniformes; pese a los maltratos de su padrastro y la mucha pobreza, siempre estaba feliz. —El llanto se torna abundante, deja de hablar, se limpia las

lágrimas con el filo de la manga del saco, me mira con los ojos rojos y vidriosos y casi no entiendo lo que dice—, hasta que una noche, cuando su mamá llegó de trabajar, lo encontró colgado de un poste en el patio de la casa. +++++

El llanto de la niña se hizo incontrolable, no conseguí hablar más. Yo temblaba y mis lágrimas caían una tras otra; quedé en *shock* y el llanto de la estudiante me puso más nerviosa todavía; saqué de mi bolso una botella con agua, le di a tomar y traté de consolarla, en tanto yo pretendía ser fuerte:

—Nunca pensé en causarte tanta tristeza; por favor, discúlpame por traerte al presente esos recuerdos; jamás imaginé que un acontecimiento así pasara entre nosotros. El timbre sonó anunciando que el descanso había terminado; me aseguré que Alejandra, mi estudiante, se recuperara; dejó de llorar, se tranquilizó y me despedí, advirtiéndole que la buscaría a la hora del refrigerio escolar para saber cómo seguía, y salí del salón con las manos temblando y la boca seca; afortunadamente, no tenía otra clase en seguida a la que había terminado; me dirigí a la cafetería, pedí una aromática y, con su imagen grabada en mi mente, lloré pensando cuán injusto es el destino: estaba empezando a vivir, ¿por qué tanta injusticia, tanta desigualdad?, ¿por qué unos lo tienen todo y otros no tienen nada?

En el tiempo que tomaba mi aromática, entró un profesor a la cafetería; desde que llegué congenié con la mayoría de docentes, aparte del profesor titular que me fue asignado; me observó y cuestionó:

—¿Qué pasa?, ¿te encuentras bien?

—¿Usted conoció a Camilo Hernández, el de noveno?

—Sí, se suicidó hace unos días.

—Ya lo sé, expresé en tanto que mi pañuelo se empapaba en mis mejillas.

—Pero ¿por qué estás así, si no lo llegaste a conocer? No te dejes afectar; cosas así pasan con frecuencia, —sonrió, mientras trataba de subirme el ánimo.

—Pasan, pero son cosas que no deberían pasar, —le respondí.

—¡Ánimo! —Me apretó la mano y se retiró.

Me quedé pensando en lo que el profe me dijo, en cómo no dejarme afectar; soy maestra en cuerpo y alma. ¿No pensamos así todos? Otra vez recuerdo la diferencia: debido a nuestro carácter, algunas somos más frías e insensibles y otras sensibles y sentimentales; hago parte de los sensibles y en mi ser calan con facilidad las tragedias, las desigualdades y la miseria en que vive el país; para mí, la labor docente no se limita a llegar a las aulas de clase, enseñar una

temática estipulada y exigida por el Ministerio de Educación, lograr que el tema se entienda, se aprenda y se practique; la docencia va más allá de la enseñanza académica; como docente, me entrego por completo, pues ilustrar significa ser impulsores del cambio; me refiero a los cambios que transforman vidas y corazones positivamente; quizá Camilo no encontró refugio en su familia, quizá fue falta de amor, quizá fue un asunto de una palabra de aliento, de un consejo, de un leve empujón; aunque soy plenamente consciente que hechos como la muerte se salen de nuestro alcance, me duele la realidad, me duele su muerte. ¿Cómo es posible que un pequeño, quien apenas empieza a vivir, tomara la determinación de acabar con su vida, sus sueños, sus ilusiones? Para Camilo es tarde, pero estoy a tiempo para luchar contra lo que nos mata con los 37 alumnos que restan, que me quedan, y los que faltan por llegar; que la Filosofía sea luz y vida, que mediante esta disciplina aprendamos a vivir y a soñar, que la reflexión lleve a la creación de nuevas ideas, sueños e ideales.

Después de tener varios comienzos, llegamos a generalizar la misma opinión: comenzar es difícil en todo; era una prueba complicada por la que estaba pasando, pero no iba a rendirme; de nada hubiera valido el esfuerzo que mis padres habían hecho para que yo llegara hasta donde estaba. No puedo cambiar el mundo en un parpadeo, el futuro de muchas niñas y niños está en mis manos y en manos de los docentes que decidimos aprender para enseñar por amor y vocación.

Mi tarea educativa apenas se emprendía; decidí escribir unos relatos con base en la experiencia de la práctica pedagógica, porque fue mi primer encuentro con los estudiantes; fue mucho más espinoso de lo que pude conjeturar; las compañeras realizaron el mismo proceso en diferentes colegios y no tuvieron tantos traspiés; la vida me quería tratar mal, darme una lección o probar si, en realidad, estaba hecha para la profesión. Mientras enfrentaba tantas circunstancias adversas y recibía, cual Odiseo, los vientos de cambio, mis amigas cumplían con el horario de clase como algo bastante común; comprendo que los colegios tienen sus propias determinaciones; en nuestro contexto, no hay problema o existe uno muy grande: se naturalizó que para unos hubiera la mejor educación y para otros ni siquiera aulas, que a algunos les alcance para botar y derrochar y otros no posean ni lo mínimo; hay estudiantes con la tarde disponible para estudiar y hacer trabajos y otros que trabajaban para subsistir. Quise registrar todos aquellos primeros caminos para recordar cómo había empezado esta hermosa carrera; mis primeros traspiés, mis primeros sollozos, mis primeras sonrisas, mis primeros desafíos; fue difícil empezar, pero quién dice que es imposible; las bases para empezar la construcción de mi

profesión las aprendí en la academia; no obstante, a desempeñarme como maestra en el aula voy aprenderlo por mí misma; la vida y las prácticas van puliendo mi maestría; además, siempre he creído que los mayores son un libro de sabiduría y los escucho, del mismo modo escucho a los niños, porque también son sabios a su manera; estoy segura que hasta los docentes más expertos no dejan de aprender; el discernimiento es infinito y los acontecimientos en la escuela también.

EL VALOR DE EDUCAR

Nos encontramos a mitad de semestre, desde que empezó no había podido visitar a mis padres por la labor de práctica docente que cumplía; era viernes y, al salir del colegio, fui a la habitación que arriendo para recoger algunas cosas y viajar a casa.

Arribé a la habitación, me cambié de ropa, de la que usualmente uso a algo mucho más placentero; confieso que soy amante de lo anticuado, lo trillado: dos pantalones, unachaqueta y un gorro; desde las sublimes montañas de mi casa se alcanza a apreciar el solemne nevado del Cumbal; sí, como se lo están imaginando, hace mucho frío, pero amo el frío; es fácil de arreglar: mucha ropa, un fogón encendido, un café caliente y listo, problema solucionado. Empaqué con premura; me despedí de doña Inés, la dueña de la casa, una persona caritativa, simpática y afectuosa que encontré en esta ciudad de soledad, distancia lejana de los míos; ella me dio un beso en la mejilla y, como de costumbre, su bendición antes de salir. Ágilmente y con paso largo salí a la calle principal para tomar un bus que pasara cerca de la Terminal de transporte, porque plata para el taxi no había; tardé mucho en llegar, pues era mediodía y a esa hora era normal que los trancones en la ciudad se acrecentaran; las personas salían a su hora de respiro y había grandes aglomeraciones; al llegar a la Terminal, tomé un bus hacia la ciudad de Túquerres; como soy de las personas que casi nunca duermen durante los viajes, dado que no me pierdo el paisaje, personaje o escena de lo que acontece durante el tránsito, aquel día reflexionaba sobre la monstruosidad del mundo.

Amo el verde, la naturaleza, los animales, el olor a humo, a leche recién ordeñada, las papas recién cosechadas, amo el campo; soy campesina de origen, crecí en el pueblo y quiero morir ahí. Con tan solo cerrar los ojos, percibía que me despertaba el alboroto; cerraba los ojos, inhalaba y exhalaba, inhalaba y exhalaba, y el aire puro, fresco, limpio y frío, como me agrada, me inundaba de vida los pulmones; absorbí el aroma de café recién hecho en el fogón, acompañado de una arepa de trigo, hecha en callana, y un trozo de queso campesino, eso que es lo más rico que mis papilas gustativas hubieran probado nunca jamás.

En medio de miradas perdidas sobre las lejanas tierras que mis ojos estiman, entre recuerdos vívidos de mi hogar, llegué a mi destino; me desplazé hasta donde parquean las camionetas que van a mi pueblo y no encontré cupo; sin embargo, el conductor me dijo que si

gustaba podía llevarme en el cajón; me subí en la parte trasera de la camioneta; me crie a todo dar, con la necesidad que provoca la escasez: se come lo que hay, se hace y se anda por donde toque. Cerca del caserío, busqué en mi billetera los tres mil pesos que me restaban y me bajé en el parque, para comprarle un dulce a mi madre; caminé a casa, golpeé y me recibió la sonrisa que por excelencia gana el premio de la mejor: es hermosa, porque es la de mi madre.

Quizá para usted que está leyendo esto la sonrisa más bella sea la de su progenitora; es apenas lógico que las sonrisas de nuestras madres sean espléndidas, serán perpetuadas para siempre en nuestros corazones, estén o no con nosotros.

Entré a mi hogar; envolví una chalina de mis caderas hacia abajo como cura para el frío, ocupé un banco al rincón de la hornilla y, mientras me tomaba una taza de café, empecé a tener una plática extendida con mi madre, larga, porque preguntaba y quería estar al tanto de todo; una madre lejos de sus hijos sufre la distancia incluso más que nosotros. Me miró con cariño y me dijo:

—M' hija, la veo flaca, pálida y con los ojos hundidos; ¿qué fue?, si de aquí se fue bonita, gorda, con los cachetes colorados. —Sonrió y se quedó impaciente esperando la respuesta.

—No está siendo fácil la experiencia que estoy viviendo; tengo que madrugar mucho; a las 6 a. m., ya debo salir de la casa para llegar al colegio a tiempo.

—¿Y el desayuno?

—No estoy desayunando; el restaurante abre a las 6:30 y yo tengo que salir antes para poder llegar con tiempo.

—¿Y por qué no me había contado eso? —dijo con gesto acordado entre pena y rabia—, yo puedo vender unos cuyes para mandarle y que coma algo cuando esté por fuera.

—Precisamente por eso no le he dicho nada, mamá, para que usted no se preocupe.

—Y en el colegio, ¿cómo le va?

—No es como me imaginé, es mucho más difícil de lo que parece. —Por un momento quise desahogarme y contarle todo lo que había vivido, pero me detuve a tiempo; mi madre me vio flaca y cansada y no quería preocuparla más de lo que ya estaba. Después de otras pocas preguntas, evadí la conversación:

—Estoy un poco cansada, mamá; es todo, ya sabe: la universidad, la práctica, el viaje, etc. Usted conoce lo tirilisca que soy; le mostré alegría con los dientes, para levantarle el ánimo; vi su natural y bello rostro preocupado; desde muy niña fui propensa a las enfermedades, en extremo; hasta ahora lo soy; aquellos días acababa de salir de una anemia que me estaba llevando a la

anorexia y no quería que mi madre se preocupara y sufriera más por mi culpa.

—Mmmmmmm, m' hijita.

—¡Ay, mamá! —dije antes de que siguiera hablando—, más bien ¿por qué no ordeñamos una vaca y nos hacemos una rica cuajada?, tengo ganas de cuajada con miel —agregué, por desviar la conversación.

—Bueno, —dijo, cogiendo el balde de la leche—, debajo del troje tengo la manila; vaya a traerla.

—Mami, ¿por qué no la trae usted, mientras yo me cambio los zapatos, porque son los de andar en Pasto?

—Bueno, m' hijita; no se demore, que se nos oscurece. —Fui corriendo a cambiarme, me puse las botas y la ruana y salimos hasta el potrero a ordeñar; cuando regresamos, mi hermana estaba cocinando unas ocas; esperamos que estuvieran y cenamos, asentamos la cuajada y nos fuimos a dormir; me acosté y no me acuerdo más; el cansancio me ganó y quedé profunda, al instante.

El sábado dormí hasta las nueve; me desperté con hambre; en consecuencia, frité papas, dos huevos verdes, café y arepa; saciar mi apetito es lo que más me gusta de estar en mi casa, puedo comer a la hora que deseo y comer lo que quiera; en el campo, acostumbramos a comer en grandes cantidades; el trabajo pesado quita mucha energía, por lo que la buena alimentación es primordial; en la ciudad, ese ha sido el factor que más me ha afectado y se nota a simple vista; es que desayunaba a las siete, almorzaba a la una y cenaba a las siete, pero no lo suficiente; cuando tenía plata, comía algo por fuera, como refuerzo, y cuando no, aguantaba, porque la situación económica no daba para más.

Durante todo el día ayudé con las labores de la casa, cogí hierba para los cuyes, di de comer a las gallinas, limpié el establo de los marranos, ordeñamos las vacas y fuimos a dejar almuerzo, entre otros oficios del campo, que son innumerables e interminables; es una constante evitar quedarse quieta; hicimos los oficios con velocidad aumentada, pues planeamos visitar a mi abuelita en la tarde, vive cerca al páramo de Paja Blanca, páramo que abastece de agua a cuatro municipios de Nariño: Sapuyes, Iles, El Contadero y Ospina. La mañana se volvió tarde y fuimos a la visita; apenas al entrar en la propiedad y nos percatamos que algunos familiares con residencia en el Departamento del Putumayo estaban visitando a mi abuelita; llegamos, saludamos y, entre risas, compartimos un café y dialogamos de muchas cosas; habíamos comenzado otro tema de discusión y, como si hubiese estado esperando a tener la oportunidad de

preguntar, una sobrina de mi madre me miró fijamente y me dijo:

—¿Cómo va la universidad?

—Todo bien —repliqué—, ya casi acabo. Estoy terminando materias y haciendo mi práctica.

—¿Qué fue lo que estudiaste?

—Licenciatura en Filosofía y Letras

—¿Docente? ¿Y de Filosofía?

—Sí, —respondí orgullosa. Con una sonrisa sarcástica, me miró y me dijo, como aconsejando con ironía:

—La docencia no te sacará de pobre, menos la filosofía; eso no sirve para nada; mírame a mí, yo soy abogada y por una simple pregunta de mis clientes cobro cien mil, ochenta mil; a un año de graduada, ya tengo carro, me visto bien, vivo bien; en cambio tú, ¡mírate!, te veo flaca; ¿qué será de ti después de tu titulación? Escogiste mal la carrera. ¿Eres consciente de que de eso depende tu futuro, tus ingresos económicos?

La escuché con atención y, mientras la miraba fijamente, en mi cabeza comenzaron a surgir miles de respuestas; cuando terminó su ilustrado discurso, levanté mis cejas y, después de un hondo suspiro, le respondí:

—Ilustradísima prima, cada quien vive la vida que le tocó: crecí en el campo, no tuve los lujos y comodidades que tú tuviste, pero mírate y mírame, ¿cuál es la diferencia entre las dos? Tu carro, obviamente; tu ropa fina, que tampoco tengo ni quiero tener; ya ves, mi escudo es la sencillez, pero, si crees que eso me hace menos persona, ¡qué equivocada estás! Te equivocas cuando dices que vivir bien es tener comodidades y lujos; vivir bien es ser y hacer lo que te gusta; si ser abogada es lo que amas y te hace feliz, vas por buen camino. Venimos al mundo a ser felices, no a complacer a los demás; si bien es cierto que la remuneración del docente no es bien pagada, se compensa con la tranquilidad y la paz interior; el concepto de justicia actualmente es vano e irrespetado; no se juzga respetando la verdad, lo único que se pretende es el dinero o, dime: ¿recuerdas aquel caso en que defendiste a un asesino, aunque sabías que, en realidad, él cometió el delito?, ¿eso es defender la verdad? Si es así, debí estudiar Derecho y sentirme orgullosa de hacer lo que haces, ser casi una sofista, cobrar sumas exorbitantes de dinero por conocimiento manipulado y alterado, vender la verdad a conveniencia; si lo anterior es progreso y es motivo de orgullo, prefiero vivir en la precariedad. Marcela, es cierto que siendo

maestra no voy a salir de pobre, pero quizá mis estudiantes lo hagan; quizá, con mi ayuda, ellos se proyecten como los ingenieros, médicos, arquitectos del país; además, trataré de enseñar que la justicia es ética, equitativa y honesta; no quiero hablar sobre tu profesión ni de lo que has ganado con ella, pero oye quién soy y qué hago todos los días.

Ser maestro es más de lo que puedo expresar con palabras; la educación es el principio de todo, la educación es el futuro, es nuestra esperanza; por ende, también soy esperanza para muchos niños y jóvenes pobres como yo, que necesitamos salir la miseria sin alterar negativamente otros contextos con negocios fáciles e ilícitos; la docencia es un reto que asumimos con orgullo; los maestros luchamos incansablemente por la igualdad, por el descubrimiento de habilidades y talentos; afianzamos en ellos la cultura del esfuerzo, el espíritu de sacrificio, la capacidad de trabajar en equipo, sumar y aportar cosas buenas a la sociedad; ser maestro es reír, jugar, volver cada día a la infancia y recuperar un tanto de ese niño que todos llevamos dentro.

Para mí, prima, escuche bien, ser maestro significa tener la oportunidad de mejorar el mundo; creo firmemente que una sociedad debe construirse desde la igualdad: educación para todas y para todos sin importar la distinción de origen, clase social, situación económica o capacidades individuales; me siento muy comprometida para seguir avanzando en educar a niñas y niños sin dejar a nadie en el camino; me hacen bien la sonrisa del niño y los sueños y anhelos de un joven a punto de graduarse. Transformamos mentes y vidas; podría pasarme toda la tarde hablando de la magia del ser docente, pero no quiero presumir como tú.

No te das cuenta de otra cosa: la vida me ha dado lo que he pedido, mi salud y la de los míos; quizá tu mente materialista y consumista no pueda comprender su importancia; comprendo cuando dices que la filosofía no sirve para nada: ¿cómo vas a saber para qué sirve, si no sabes lo que es? Quizá también eso sea consecuencia de tu pensamiento estático y conservador; por si no lo sabías o no lo recuerdas, la filosofía nos ayuda a cuestionar el mundo en razón de entenderlo y así establecer nuevos objetivos enmarcados en el contexto que investigamos con el propósito de mejorarlo; desconoces la historia y la trayectoria; los pilares de nuestra cultura y la del mundo están empapados de ideas filosóficas: los derechos humanos, la democracia, los sistemas políticos, en fin, casi todo; como buena abogada que dices que eres, deberías saberlo; el mundo se cae a pedazos precisamente en cuestiones filosóficas: ética, argumentación, lógica; a la sociedad le hace falta respetar la otredad; yo te respeto a ti y lo que decidiste hacer. Te invito a poner en práctica esta disciplina llamada filosofía; cuando lo hagas, estoy plenamente

convencida de que jamás te atreverás a desacreditar al otro, con falsos y materialistas argumentos. —Quise decir mucho más, pero sentí coraje por su actitud, las comparaciones hechas, que llevan a pordebajear la ardua labor docente.

Salí a caminar un instante para olvidar el mal rato y me sentí una vez más orgullosa de lo que elegí ser y hacer; un docente es modelo e inspiración para que el otro se desarrolle; esta es la decisión que a mí me gusta, quiero ayudar al otro, mostrar caminos, herramientas, hacer que el alumno adquiera habilidades o descubra sus potencialidades para ser mejor y actuar mejor.

Retornamos felices a casa, porque estuvimos con mi abuela; la cuidé por lo menos una tarde; mi abuelita, a sus 96 años, es lúcida y bonita; todavía lee, canta y recita poemas; a pesar del mal comentario hecho por mi prima, su silencio y su cabeza gacha indicaron que entendió mi mensaje, o ya lo sabía; sigo feliz con lo que tengo y ahora más feliz con lo que hago; no tengo carro ni ropa lujosa, pero tengo a más de 103 estudiantes que esperan por mí, ansiosos de seguir aprendiendo y superándose cada días más.

El resto del fin de semana me la pasé feliz en mi casa; como siempre, pude degustar la mejor comida de mi madre, de mi pueblo, de mi región: mazamorra, calabaza en leche, maíz tostado, cuy, papas, ocas, leche, queso, cuajada y todo eso que la tierrita y los animalitos dan.

Como el lunes fue festivo, volví a Pasto el martes de madrugada, con la mente despejada, sosegada y más positiva que nunca; estaba segura de que había optado por la profesión perfecta; me queda el reto de demostrarles a todos, como le demostré a mi prima, que somos héroes anónimos; sé que aprendió la lección, porque esa misma noche me escribió para darme disculpas; voy por el mundo juzgada y menospreciada, pero con la frente muy en alto, porque demuestro ser más fuerte que todos aquellos que me critican; las palabras se las lleva el viento, pero los buenos actos quedan immortalizados y se recordarán por siempre.

CRUZANDO EL VALLE DE LA INCERTIDUMBRE

Abrí los ojos; el sol entró por mi ventana; miré la hora en mi celular: 10:42 a. m.; me quedé dormida; era tarde, me desperecé. Hacía mucho no dormía así. Me senté al filo de la cama, me puse de pie, me arreglé; encima de mi escritorio estaban las notas finales de mi práctica, las tomé y salí para la Universidad; era un día espléndido, hacía calor, cosa poco usual en esta ciudad; entonces, decidí caminar para respirar un poco de aire fresco y disfrutar del astro rey. ¡Con lo que me ahorro del bus me compro un helado!, pensé, y así fue; en la calle, un vendedor ambulante gritaba:

—¡Helado!, ¡helado!

—¿Qué precio tienen los helados?

—Tengo de quinientos, mil y mil quinientos.

—¡Me da uno de mil!

—¿De coco o arequipe?

—De arequipe; ¡odio el coco!, —respondí.

Mientras comía mi helado, veía pasar los buses, detallaba las personas a mi alrededor; el día tenía pinta de transcurrir con normalidad, pero aquella conjetura se disolvía con la alegría que manaba de mi corazón y de mi pensamiento; me dirigía a entregar las notas de lo que fue mi práctica, todo se había consumado.

Una etapa culminada, muchas experiencias, amigos, amigas, buenos y malos momentos; destaco que cada instante vivido durante el proceso fue gratificante y significativo, pues me ayudaron a crecer como profesional y como persona.

Con paso lánguido, serenidad absoluta y un gran deleite por la labor desempeñada, en las instalaciones de la universidad mis sentimientos se encuentran inquietos en mi ser, los siento cosquillar; el final de una etapa se acerca, casi culmino mis estudios y tengo tanto que agradecer a la universidad y a quienes hicieron parte de mi proceso educativo. Entré a la oficina y saludé:

—¡Buenos días!, —responde la secretaria.

—Traigo las notas de mi práctica pedagógica. Las reviso una vez más. ¡Labor cumplida!, pensé mentalmente y las entregué.

Me despedí, salí y me cuestioné: ¿En realidad, mi labor está cumplida? Claro que no, ¡qué tonta soy!, apenas empieza.

Todavía no quería ir a casa, entonces planeé: ¿y si camino por uno de los sitios verdes de la universidad?, ¿y si lo que deseo es estar sola y pensar en mí?: amo el campo, las zonas verdes, la brisa, los árboles; son pocos los lugares que la universidad tiene con esas características.

Ya les había dicho que hacía sol ese día, ¿verdad? Me sentía un poco asfixiada y buscaba sombra; me recosté boca arriba sobre el pasto, debajo de un árbol, el cielo estaba azul, azul como el azul del mar; cerré los ojos, la brisa besó mis mejillas: shhhhhh, silencio. Paz absoluta. Equilibrio. No sé si alguna vez sintieron esa sensación; es mágica. En la ciudad, el tráfico, la contaminación y la bulla enferman a veces, otras abruman; el ajetreo me pone tensa, a mí, que vengo del campo y que vivo tan acostumbrada a él.

Busco lugares como esos, porque ahí, en medio de la naturaleza me encuentro, me siento yo; suspiré, seguía faltándome el aire, volví a suspirar, abrí los ojos y, con la mirada fija en la inmensidad del cielo, medité: Naturalmente, las calificaciones positivas de la práctica aportan para que en mi vida haya un balance, una tranquilidad; además, me aseguré de que el esfuerzo y la energía invertida fueran válidos; no hay mejor sensación que la del trabajo bien hecho.

Pero, ¿unas notas definen a ciencia cierta lo que se hizo, lo que no se hizo, lo que se debió hacer? En mi opinión, no; di lo mejor de mí, puse todo mi empeño, pero muchas veces no es suficiente, siempre hay algo que mejorar, algo que cambiar, algo que implementar; de hecho, a veces cosas que quitar. Tuve miedo, sentí naufragar cuando las cosas no salían como se proyectaban, pero poco a poco entendí que de eso se trata: caer, levantarse, formarse, caer nuevamente y levantarse con más fuerza, porque nadie nace con la experiencia, nadie nace sabiendo, crecemos para formarnos.

Mi práctica pedagógica tuvo júbilos, abatimientos, deleites y desengaños; sin embargo, al final, todo se mezcló para formar conceptos y nociones que me dejan decir: ¡aprendí! El reto continúa y mi vida, al igual que la de todos los profesores, se convierte de ahora en adelante en un lance que todos los días desafía a la realidad y proyecta nuevas experiencias, nuevos desafíos, nuevos intentos, nuevos ideales.

El objetivo es que nuestros estudiantes aprendan perennemente de nosotros, de nuestros conocimientos, de nuestra rutina; formar seres capaces de pensar y actuar con juicio, seres humanos que le apunten al cambio, a ser cada día mejores; voy al colegio a enseñar con esa mentalidad; empecé mi práctica y, ahora que ha finalizado, después de un corto camino

recorrido, reflexiono y pienso cuál es el resultado: ¿fueron más las enseñanzas que yo aporté a mis estudiantes o las que ellos me aportaron?

Puedo decir con plena seguridad que aquella chica que empezó la práctica hace un par de meses era muy diferente a la que escribe hoy estas líneas; existe para mí un antes y un después; me gusta mucho más el después, el de hoy. ¿Por qué? Aprendí mucho de esas personitas que oscilan entre los 12 y los 20 años: me enseñaron a escuchar, a ser paciente, tolerante y, lo fundamental, me enseñaron que los límites no existen.

“Si no tengo para el transporte, pues me vengo a pie, profesora; yo quiero estudiar y ser policía; a mi papá lo mataron por robarle y no quiero que nadie más se quede sin papá a causa de la delincuencia.”

“Profesora, ¿qué desayuno?” Un poco asombrada por la inusual pregunta, respondí: Algo de pan, huevos y café, siempre desayuno lo mismo, ¿por qué? “Porque yo no tuve qué desayunar y tengo hambre.”

—¿Por qué no traes tu uniforme puesto? “Profesora, se lo cuento, pero no le dice a nadie: mi hermana y yo solo tenemos una sudadera y tenemos que compartirla.”

Terminada la clase, una estudiante, a la que después de varios meses de práctica no le conocía la voz, se acercó y preguntó: “Profe, ¿tiene afán?”

—Claro que no; ¿necesitas algo?, —le respondí amablemente. “Sí” — exclamó con voz temblorosa.

—¿Qué pasa? — Entre lágrimas, me respondió: “Mi padrastro trató de abusar de mí”.

—Nunca traes las tareas, ¿por qué? “Después del colegio, cuido de mis tres hermanos pequeños, les hago de comer y limpio la casa.”

—¿Y tus padres? “Mi papá está en la cárcel y mi mamá trabaja todo el día.”

Las que leyeran son unas de las tantas situaciones que viví y enfrenté durante estos meses; los estudiantes que viven situaciones similares son pequeños gigantes, valientes y poderosos.

Jamás fui al colegio sin desayunar; tenía dos y hasta tres uniformes para mí solita; crecí junto a mis padres, que nunca me hicieron faltar nada; jamás fui víctima de abuso sexual o de cualquier tipo de violencia; no lo tuve todo, ni lujos, ni comodidades; no obstante, mi vida sí fue mucho más llevadera que la de aquellos estudiantes, pequeños con gran mentalidad, con sueños de progreso y superación; algunos optan por caminos fáciles e inmediatos, pero otros se

atreven a andar las vías estrechas e incómodas, aquellas que dan más satisfacción al haberlas recorrido; en su afán de sobrevivir y subsistir, han tenido que recurrir a los robos, a las pandillas, a la delincuencia común, a las drogas y al trabajo sexual, en el caso de las niñas.

Nuestra labor como docentes es magna, enorme, más de lo que imaginamos algún día; la problemática de las instituciones vista desde afuera es muy diferente a la que vemos en su interior; pude haber hecho más por ellos, pero mi falta de práctica me limitó; cedí mis horas, mi vida y mis preocupaciones para enseñar, pero pude hacer más; no estoy conforme, pero sí satisfecha con el trabajo realizado. Esto no finaliza aquí; mi vida entera será dedicada a estudiantes, quizá no a los mismos; serán otras sus características o dificultades; luego, vendrán otros, con nuevos retos, nuevos testimonios, nueva voz, nuevos complejos, nuevos ideales y metas.

Estoy agradecida con aquellos que fueron parte de esta experiencia y presta y al servicio de los que vienen. Después de esta meditación dolorosa, alegre y gratificante de lo que fue mi experiencia como docente, me pongo en pie y me dirijo a hacer maletas; mamá me espera ansiosamente en el pueblo, con maíz tostado, cuajada y envueltos de choclo; las vacaciones siempre sientan bien; es que, como el hotel mamá, no existe otro.

CAMBIANDO HISTORIAS

Soy campesina de nacimiento; me siento muy orgullosa de ello y mis raíces; evidentemente las ubicaciones geográficas determinan ciertas maneras de ser, pensar y actuar; las gentes del campo somos muy diferentes a las personas ciudadinas: vivimos lejos de la industria, la tecnología, el trajín de la ciudad; en el campo, o de dónde vengo, no se vive la violencia; el ambiente es tranquilo y sereno; no conocemos de robos, de homicidios, de violaciones, de extorsión; somos personas muy serenas, sencillas, pero eso no nos hace ignorantes; la ciudad así nos ha estigmatizado; confieso que en muy pocas ocasiones salíamos a la ciudad; visité Pasto a mis seis años, cuando padecía de neumonía y de eso volví a mis 18, cuando me vine en busca de un cupo para la universidad.

No conocía nada, ni a nadie; me vine con papá; me buscó una habitación cerca de la universidad, ya que no conocía la ciudad; me enseñó el camino de ida y vuelta a la universidad; me vine con poca ropa o, bueno, la que tenía; en mi casa, mis hermanos y yo teníamos de a dos pares de zapatos: los unos para estar en el rancho y los otros, que nos poníamos solo cuando salíamos al pueblo, y, así, con lo que tenía, me vine; de maleta, un morral, porque más no había.

Mi padre me instaló en una pequeña habitación, con un colchón, un espejo, una mesa coja y el radio que me regaló mi abuela; me explicó sobre algunos peligros de la ciudad, me hizo comprender que era apenas una niña ingenua, inocente e inexperta en una selva de edificios, que está llena de peligros y depredadores; me enseñó a distinguir entre los que quieren ayudarme en bien y lo que no; después de varias recomendaciones, me abrazó fuerte y, con lágrimas en los ojos, se despidió; me besó en la frente y se fue con paso lento y sus manitas cubriendo su cara, y yo me quedé igual que mi mamá en el rancho, ahogada en llanto, de pena y miedo.

Claramente, recuerdo que aquella noche fría y oscura no dormí de melancolía y frío; el día amaneció y me levanté temprano para ir a la universidad; tenía miedo, me sentía insegura de mí, de no poder lograr llegar a encajar.

Muy tímida, le contesté a un compañero que me preguntó cómo me llamaba; me limité a responder lo que me preguntaban, no quería socializar; los miraba a todos tan avispaditos, tan abiertos, que me sentía tonta, hasta que el profesor llegó y, de manera inexplicable, me sentí más despejada.

Desde aquel primer momento, me idealicé como aquel profesor que se encontraba frente a

nosotros, tan sabio, tan culto, ilustrado, que transportó mi mente al futuro, donde me vi maestra; durante varios segundos en la intervención del docente, me quedé distraída pensando en cómo sería lo que se viene y, cuando volví a su discurso, nos decía que la carrera que estábamos a punto de iniciar nos cambiaría no solo la vida, sino también la forma de pensar, y así fue; convencida, digo que para mí y todos mis compañeros de clase existe un antes y un después y el después nos enorgullece y, al mismo tiempo, nos reta a cada instante de nuestras vidas, mientras sigamos firmes en el camino de la enseñanza.

Aquí expreso mi profunda gratitud para ustedes, que escogieron la profesión más linda; mi admiración y respeto, no por la quimera risueña del salario, sino porque se gana estimación y aprecio en vida y, con seguridad, afirmo que incluso más allá del último suspiro, profesor Verdugo, estrella resplandeciente que encendió en mí el deseo de saber; donde quiera que esté, todavía irradia esperanza y poder; apaciguó tormentas turbulentas, montañas inalcanzables posibilitó; talentoso y admirable, que trabajó con amor aun cuando no había ganas; infinitas gracias por la amistad y los consejos; más que profesor, fue un amigo de esos que difícilmente se encuentra, un amigo imposible de olvidar. Tuve dudas de seguir en el camino y gracias a ti, hoy escribo, el árbol seco que un día animaste a seguir; hoy en día ya está dando frutos.

Los recuerdos vienen y van y, con el sentimiento intacto, mis ojos derraman lágrimas sin cesar, por tu ausencia, por tu recuerdo, porque fuiste el mejor maestro, Jorgito Verdugo: en mi corazón, tu recuerdo y en mi mente sus cultos saberes, que a los alumnos enseñó.

Gracias, maestros, que guían caminos; que, con sabiduría, profesan grandes destinos: son honor, son valentía, son fuerza y sabiduría; sus voces, sus ideas, sus cultas enseñanzas, cambian vidas, transforman caminos; a ustedes, que navegan y conquistan el pensamiento, para con él cambiar la humanidad, les escribo en mis letras el eterno agradecimiento que les debe la sociedad.

Guías y ejemplos de perseverancia, amor y constancia, para todos aquellos que siguen sus huellas y sus enseñanzas, luz que ilumina caminos oscuros, que motiva a ser buenos futuros, futuros médicos, ingenieros y abogados, no importa la profesión, importan son los pasos, chicos o grandes, pero pasos hacia delante; queridos maestros, queridas maestras, les debemos lo que somos.

Las personas como ustedes, que dedican su vida a formar y encaminar la vida de jóvenes estudiantes, merecen un agradecimiento infinito; son pocas las personas que se inclinan por educar a otros, y son menos las que lo hacen con amor, profesionalidad y dedicación; gran parte

de los conocimientos que hoy poseo y que me guían en mis decisiones como profesional, los he adquirido gracias a la dedicación y al esfuerzo que ustedes hicieron en mis días de estudiante; cada una de sus clases era más que nuevo material para aprender. Eran lecciones de vida que marcaron nuestro camino y ejercieron un cambio radical en nuestra forma de ver el mundo.

Hay personas que marcan nuestras vidas, que despiertan algo especial en nosotros, que abren nuestros ojos irreversiblemente y transforman nuestra forma de ver el mundo.

¡Ustedes son esas personas! Muchas gracias por su dedicación, paciencia y afecto al enseñar; agradezco por ser parte de mí.

*El maestro deja una huella para la eternidad, Nunca
se puede decir cuando se detiene su influencia.*

Henry Adams

GRATITUD INFINITA

FIN...

Anexo

San Juan de Pasto, marzo 02 de 2022

Doctor
JAVIER RODRÍGUEZ ROSALES
Presidente Comité Curricular
Programa de Licenciatura en Filosofía y Letras
Universidad de Nariño

Cordial saludo:

Como asesor del trabajo de grado “Relatos autobiográficos de mi experiencia de práctica pedagógica”, realizado por la estudiante Mercy Yurani Narváez Suarez, como requisito parcial para optar al título de Licenciada en Filosofía y Letras, doy el aval correspondiente para que el mencionado trabajo se presente al Comité curricular y siga los trámites necesarios para que Mercy Yurani sustente y termine sus estudios de pregrado.

El trabajo de grado cumple con el objetivo propuesto en el proyecto: “Producir una antología de relatos sobre las experiencias de práctica pedagógica como estudiante de la Licenciatura en Filosofía y Letras”. Esto como una reflexión literaria y pedagógica sobre la realización de la Práctica Pedagógica, Investigativa y Profesional, realizada por la estudiante y que se presentan como pretextos de los relatos que conforman el trabajo de grado.

Atentamente,



JAIRO E. RODRÍGUEZ R.
Asesor

